
3 1761 09544853 6


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

GALERIA DRAMATICA

DE

DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Rios.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erran Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candila Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.- fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Ama de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.— de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor y sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Augo.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.— de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el empl Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara I berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—B cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del zon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con s zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pal Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V en frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á m noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.- talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.— infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionar Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errar Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.— juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebol Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.— del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealt Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuand acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amig Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desco do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—D Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los c ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Do varo de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Ante ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.— Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña M de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casader Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Du y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios c ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emil Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar co verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Esc de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.— cuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre to Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estu y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—Esc del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de un d

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—F tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feri Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra desvi Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Ga laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.— dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zarzue*

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—He ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del ro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—

CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS

POR

DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 6 de Mayo de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Febrero de 1850.

PERSONAS.	ACTORES.
DON PEDRO DE LARA. . . .	*Sr. D. Elías Noren.*
DOÑA MATILDE, *su hija*. . .	*Sra. Doña Concepcion Rodriguez.*
DON RDUARDO DE CONTRERAS.	*Sr. D. Carlos Latorre.*
BRUNO, *criado de don Pedro.*	*Sr. D. Antonio Guzman.*
LA MARQUESA.	*Sra. Doña Joaquina Baus.*
EL CASERO.	*Sr. D. Luis Fabiani.*
LA VECINA.	*Sra. Doña Rafaela Gonzalez.*

La escena se pasa en Madrid; los tres primeros actos en una sala bien amueblada, aunque algo á la antigua, de la casa que habita don Pedro, y el último acto en un cuarto muy miserable, y en donde habrá solo una mala cama, dos ó tres sillas de paja vieja, un brasero de hierro, etc., etc.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MATILDE *y* BRUNO.

D.ª Matilde. Bruno!
Bruno. Jesus, señorita, ya se levantó usted?
D.ª Matilde. Si no he podido cerrar los ojos en toda la noche.
Bruno. Ya, se habrá usted estado leyendo hasta las tres ó las cuatro, segun costumbre...
D.ª Matilde. No es eso...
Bruno. Se le habrá arrebatado el calor á la cabeza...
D.ª *Matilde.* Repito que...
Bruno. Y con los cascos calientes ya no se duerme por mas vueltas que uno dé en la cama.
D.ª Matilde. Pero hombre, qué estás ahí charlando sin saber...
Bruno. Con que no sé lo que me digo? Y en topando cualquiera de ustedes con un libraco de historias ó sucedidos, de esos que tienen el forro colorado, ya no ha de saber dejarlo de la mano hasta apurar si don Fulano, el de los ojos dormidos y pelo crespo, es hijo ó no de su padre, y si se casa ó no se casa con la jóven boquirrubia que se muere por sus pedazos, y que es cuando menos sobrina del Papamoscas de Burgos: todo mentiras.
D.ª Matilde. Acabaste?
Bruno. No señora, porque es muy malo, muy malo leer en la cama...
D.ª Matilde. Aprieta!
Bruno. Sin contar que el dia menos pensado nos va á dar usted un susto con la luz y la cortina.
D.ª Matilde. Mira, Bruno, que estás muy pesado.
Bruno. Siempre las verdades pesan, señorita, y amargan y se indigestan.

D.ª Matilde. Qué disparate, sino que anoche cabalmente ni siquiera hojeé un libro. Buena estaba yo para lecturas.

Bruno. Estuvo usted mala, eh? Y cómo no quiere estar usted mala con ese maldito té que ha dado usted en tomar ahora en lugar del guisado y de la ensalada, que todo cristiano toma á semejantes horas? Yo no digo por eso que el té no sea á veces saludable... Cuando duelen las tripas, ó cuando... pero al cabo no pasa de ser agua caliente; solo podia habernos venido de Inglaterra, que como alli son hereges, ni tendrán vino, ni bueyes, cebones, ni... Qué está usted curioseando por esa ventana?

D.ª Matilde. Nada; miraba si... qué hora será?

Bruno. Las siete dieron hace rato en San Juan de Dios.

D.ª Matilde. Y no ha venido nadie?

Bruno. Nadie... ah, sí, vino el aguador con su esportilla y su...

D.ª Matilde. Qué tengo yo que ver con el aguador ni con su esportilla?

Bruno. Esperaba usted acaso otra visita á las siete de la mañana?

D.ª Matilde. No... Sí... Válgame Dios qué desgraciada soy! (*Sentándose.*)

Bruno. Desgraciada! Qué dice usted?

D.ª Matilde. Oh, muy desgraciada, muy desgraciada.

Bruno. Pues señor, qué ha sucedido... acaso su papá de usted...

D.ª Matilde. No, papá duerme todavía, y estará sin duda bien lejos de soñar ó de pensar que el terrible momento se aproxima en que va á decidirse para siempre el porvenir de su hija única y querida... para siempre! Ay, Bruno, si tú pudieras comprender toda la fuerza y la estension de esta palabra *para siempre!*

Bruno. Vaya, y qué tonto me hace usted! Con que no comprendo lo que quiere decir *para siempre?* Para siempre es lo mismo que decir á uno «hasta que te mueras.»

D.ª Matilde. Decia solo que si tú pudieras discernir bien y avalorar las sensaciones de diferente naturaleza que semejante palabra escita, fomenta, inflama...

Bruno. No, en efecto, todo eso para mí es griego.

D.ª Matilde. Y pone en combustion, entonces es cuando estarias en estado de... Pero, quién anda en la ante sala?

Bruno. Será quizá el gato que habrá olfateado ya su pitanza.

D.ª Matilde. Él es, él es.

Bruno. Quién habia de ser? Minino, minino.

ESCENA II.

DON EDUARDO, DOÑA MATILDE *y* BRUNO.

D.ª Matilde. Eduardo!

D. Eduardo. Matilde!

Bruno. Calle, pues no era el gato!...

D.ª Matilde. Creí que no acababa usted de llegar nunca.

D. Eduardo. Amanece todavía tan tarde... y á no haber venido sin afeitarme...

D.ª Matilde. Oh! eso no; hubiera sido imperdonable en un dia tan solemne, como lo es este, el que usted se hubiera presentado con barbas.

D. Eduardo. Y sobre todo hubiera sido poco limpio.

D.ª Matilde. Si usted hubiera tenido que viajar en posta tres ó cuatro dias con sus noches... como á otros les ha sucedido... para poder llegar á tiempo de arrancar á sus queridas del altar en que un padre injusto las iba á inmolar... ya era otra cosa... y aun cierto desorden en la toilette, hubiera sido entonces de rigor; pero como usted viene solo de su casa...

D. Eduardo. Que está á dos pasos de aqui, en la calle de Cantarranas.

D.ª Matilde. Por lo mismo ha hecho usted bien en afeitarse, y en... mas á lo menos trataremos de recuperar el tiempo perdido. Bruno?

Bruno. Señorita?

D.ª Matilde. Anda, y dile á papá que el señor don Eduardo de Contreras desea hablarle de una materia muy importante.

Bruno. No creo que el amo se haya despertado todavía.

D.ª Matilde. Qué sabes tú?

Bruno. Porque nunca se despierta antes de las nueve, y porque...

D. Eduardo. Quizá valga mas entonces que yo vuelva un poco mas tarde.

D.ª Matilde. No, no; á qué prolongar nuestra agonia? Anda, Brunito, anda, si es que mi felicidad te interesa.

Bruno. Bueno, iré; pero lo mismo me ha dicho usted en otras ocasiones, y luego la tal felicidad se vuelve agua de borrajas.

D.ª Matilde. Bruno!

Bruno. Iré, iré; no hay que atufarse por eso.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE *y* DON EDUARDO.

D.ª Matilde. Estos criados antiguos que nos han visto nacer, se toman siempre unas libertades!

D. Eduardo. En justo pago de las cometas que nos han hecho, ó de las muñecas que nos han arrullado. Y este me parece ademas muy buen sugeto.

D.ª Matilde. Oh, muy bueno... Si viera usted la ley que nos tiene... y lo que le queremos todos! Pobre Bruno! Cuando estuvo el invierno pasado tan malo, ni un instante me separé yo de la cabecera de su cama.

D. Eduardo. Con qué gusto oigo á usted eso, Matilde mia!

D.ª Matilde. Nada tiene de particular; sin embargo, una cosa es que sus vejeces me desesperen tal cual vez, y otra cosa es que... Ay Dios, y qué temblor me ha dado!

D. Eduardo. Está usted sin almorzar?

D.ª Matilde. Por supuesto.

D. Eduardo. Entonces es algun frio que ha cogido el estómago, y...

D.ª Matilde. Entonces tambien temblaria usted, porque es bien seguro que tampoco habrá usted tomado nada?

D. Eduardo. Si por cierto; he tomado, segun mi costumbre, una jícara de chocolate, con sus correspondientes bollos y pan de Mallorca.

D.ª Matilde. Chocolate y pan de Mallorca en un dia como este!

D. Eduardo. Es requisito acaso el pedir la novia en ayunas? (*Sonriéndose.*)

D.ª Matilde. No; ciertamente que no... con todo hay ocasiones en que uno debe estar tan absorvido, que necesariamente olvida cosas tan vulgares como el almorzar y el comer. A lo menos yo hablo por mí, y puedo asegurar á usted que ni siquiera ha pasado esta mañana por mi cabeza el que habia cacao en Caracas.

D. Eduardo. Asi se ha llenado usted de flato.

D.ª Matilde. De flato! Vaya que viene usted hoy muy poco fino.

D. Eduardo. Pero hija, no puede usted tener flato?

D.ª Matilde. No señor; no puedo tener flato. A mi edad, con mi sensibilidad, y en las circunstancias terribles en que me hallo, no se tiene nunca flato, y si una tiembla es de inquietud, de zozobra, de miedo. Ay, Eduardo, está usted demasiado tranquilo!

D. Eduardo. No veo el por qué habia yo de estar fuera de mí cuando me lisonjeo con la esperanza de que su padre de usted, que es íntimo amigo de mi tio, me concederá esa linda mano, en cuya posesion se cifra toda mi felicidad.

D.ª Matilde. Y si se la niega á usted?

D. Eduardo. Si usted me hubiera permitido alguna vez que la informara de mi posicion, de mi familia, como en varias ocasiones lo he intentado en balde, comprenderia usted ahora si tengo ó no motivo para no temer el éxito de mi negociacion; pero nunca me ha dejado usted hablar en esta materia, no se por qué, y asi...

D.ª Matilde. Porque ni entonces quise, ni ahora quiero oir hablar de intereses ni parentescos. Eso queda bueno cuando se trata de esos monstruosos enlaces que se ven por ahí, en donde todo se ajusta como libra de peras, y en donde se quiere averiguar antes si habrá luego que comer, ó si habrá con que educar los hijos que vendrán, ó que quizá no vendrán. Y yo habia de pensar en eso? No, Eduardo, no; yo lo quiero á usted mas que á mi vida, pero solo por usted, créame usted, por usted solo.

D. Eduardo. Matilde mia!

ESCENA IV.

BRUNO *y* DICHOS.

Bruno. Vaya que estaba su papá de usted como un tronco de dormido!

D.ª Matilde. Y qué ha respondido?

Bruno. Ni oste ni moste: oyó mi relacion, se sonrió y echó mano á los calzoncillos.

D. Eduardo. Se sonrió?

Bruno. Pues! como quien dice «ya sé lo que es.»

D.ª Matilde. Dios sabe ademas lo que tú le dirias.

Bruno. Esta es otra que bien baila: le dije solo que usted me habia mandado le anunciase que el señor don Eduardo...

D.ª Matilde. Ves como al fin habias de hacer alguna de las tuyas?

Bruno. Con que usted no me mandó?...

D.ª Matilde. Si; pero ni habia necesidad de decir que era yo la que te enviaba, ni de añadir, como sin duda habrás añadido, que habia hablado antes ó me quedaba hablando con este caballero.

Bruno. Ya se ve que le dije tambien entrambas cosas: y qué mal hubo en ello?

D.ª Matilde. Que ya papá no se sorprenderá, y que la escena pierde por lo mismo una gran parte de su efecto.

Bruno. Ande usted, señorita, que desde aqui á la hora de la cena, muchos fetos puede haber todavía.

D.ª Matilde. Jesus qué hombre!

D. Eduardo. En cuanto á mí, le protesto á usted, Matilde, que me alegro mucho de que Bruno haya en cierto modo preparado á su papá de usted para lo que voy á decirle; porque ahora tendré menos cortedad, y podré desde luego entrar en materia.

D.ª Matilde. Bueno... Si á usted le parece asi mejor...

Bruno. Ya siento al señor en la escalera.

D.ª Matilde. Ay Dios... qué susto!... No sé lo que por mí pasa!... Me he puesto muy pálida? Me voy, me voy á mi cuarto... á suspirar... á llorar... á ponerme un vestido blanco... Ven tú tambien, Bruno... y el pelo á la Malibran... Oh, y qué crisis!... Alli

esperaré á que mi padre me llame... La crísis de mi vida!... porque siempre me llama en tales casos... ànimo Eduardo... valor... resignacion... si habrá planchado anoche la Juana mi collereta á la María Estuarda... y sobre todo confianza en mi eterno cariño. (*Vase llevándose tras sí á Bruno.*)

Bruno. Señorita, señorita, que me desgarra usted la solapa.

ESCENA V.

DON EDUARDO, *y luego* DON PEDRO.

D. Eduardo. Muchacha encantadora! Es lástima por cierto que haya leido tanta novela, porque su corazon...

D. Pedro. Buenos dias, señor don Eduardo, muy buenos dias; y qué temprano tenemos el gusto de ver á usted en esta su casa?

D. Eduardo. En efecto, señor don Pedro, la hora es bastante inoportuna, y bien sabe Dios que no sé cómo disculparme con usted.

D. Pedro. De qué, amigo mio?

D. Eduardo. Por una visita realmente demasiado matutina é inesperada.

D. Pedro. Y quién le dice á usted que yo no esperaba esta misma visita?

D. Eduardo. Qué, me esperaba usted hoy?

D. Pedro. Hoy precisamente, no; pero sí en una de estas mañanas, porque ya habia yo notado ciertos síntomas... ya se ve, á ustedes los enamorados se les figura que un padre cuando juega en un rincon al tresillo, ó que una madre cuando está mas enfrascada en la letanía de las imperfecciones de su cocinera, no piensan en otra cosa sino en el codillo que le dieron, ó en las almondiguillas que se quemaron, y de consiguiente que ni notan las ojeadas de ustedes, ni oyen los suspiros, ni se enteran de las peloteras... pues no señor, estan ustedes muy equivocados; ni el padre ni la madre pierden ripio de cuanto va pasando...

D. Eduardo. Nada mas natural, ciertamente.

D. Pedro. Y llevan tan bien esta especie de alta y baja, como si hubieran sido toda su vida ayudantes de plaza.

D. Eduardo. Asi, señor don Pedro, usted habrá ya observado...

D. Pedro. Sí señor, ya sé que usted está muy prendado de mi Matilde.

D. Eduardo. Entonces adivinará usted tambien que el objeto de mi visita es...

D. Pedro. El de pedirme su mano. No es ese?

D. Eduardo. Ese mismo; y si fuera yo tan dichoso que reuniera á los ojos de usted aquellas circunstancias?...

D. Pedro. Muchas reune usted por vida mia, señor don Eduardo; nacimiento ilustre, mayorazgo crecido, educacion, talento, moralidad...

D. Eduardo. Usted me confunde, señor don Pedro.

D. Pedro. Y el ser sobre todo sobrino y heredero de mi mejor amigo... de ahí, que yerno mas á mi gusto sería muy dificil que se me presentase.

D. Eduardo. Entonces puedo esperar?...

D. Pedro. Pero mi hija es la que se casa, yo no; ella es, pues, la que ha de juzgar si usted...

D. Eduardo. Oh, señor don Pedro, y qué feliz soy! La amable, la hermosa Matilde, me corresponde, no lo dude usted, y está en el secreto, y...

D. Pedro. Tanto mejor, amigo mio, y ahora vamos á verlo, porque, con el permiso de usted, la haré llamar, y en presencia de usted consultaremos su gusto y su voluntad.

D. Eduardo. No deseo otra cosa, y cuanto mas pronto...

D. Pedro. Ahora mismo... Bruno? Que ella venga y se esplique, y si dice que sí, entonces... Bruno?

Bruno. (*Desde adentro.*) Mande usted?

D. Pedro. Porque si dice que no... ya ve usted... un buen padre no debe nunca violentar la inclinacion de sus hijos.

D. Eduardo. Repito á usted que ella misma...

ESCENA VI.

BRUNO *y* DICHOS.

Bruno. Llamaba usted?

D. Pedro. Sí: dónde está la niña?

Bruno. En su cuarto... representando, á lo que parece, algun paso de comedia.

D. Pedro. Qué entiendes tú de eso?... dila que venga.

Bruno. O de tragedia, qué me sé yo?... ello es que se la oye hablar alto... que está sola... y que á no haber perdido la chabeta... (*Yéndose.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO *y* DON EDUARDO.

D. Pedro. Pues, y como le iba á usted diciendo, señor don Eduardo, yo soy demasiado buen padre para pretender... luego, ya voy á viejo, estoy viudo, no tengo mas que esta hija, á la que quiero como á las niñas de mis ojos... no soy ademas amigo de lloros ni tristezas dentro de casa, y en suma...

D. Eduardo. Si tiene usted en todo mil razones.

D. Pedro. Y en suma, ella hará lo que quiera, como lo hace siempre; aunque eso no quita el que la chica sea muy dócil, y muy bien criada, y muy temerosa de Dios...

D. Eduardo. Y es tan bonita!

D. Pedro. Y el que es muy buena hija, y será muy buena muger propia.

D. Eduardo. Oh, escelente, escelente!

D. Pedro. Y si llega á ser madre...

D. Eduardo. Por supuesto, no quiere usted que llegue?

D. Pedro. Tendrá hijos á su vez, y será tambien muy buena madre, no lo dude usted, señor don Eduardo...

D. Eduardo. Qué he de dudar yo eso, señor don Pedro? Poco enamorado estoy á fé mia para dudar ahora de nada!

D. Pedro. Es que no crea usted que es el primero á quien yo le digo todo esto, no señor, y otro tanto, sin quitar ni poner, le dije á mi sobrino Tiburcio hará ahora unos cuatro meses, cuando se quiso casar con su prima.

D. Eduardo. Que fue sin duda la que se opuso al enlace, eh?

D. Pedro. Quién habia de ser? Y por mas señas, que aunque no estuvo el tal enlace tan adelantado como el

que seis meses antes tuvimos entre manos, lo estuvo sin embargo lo bastante para dar despues mucho que hablar á la gente ociosa.

D. Eduardo. Y dice usted que hubo otro seis meses antes que lo estuvo mas?

D. Pedro. Cien veces mas, con el vizconde del Relámpago, un caballero andaluz, maestrante de la de Ronda... con no sé cuántos millares de pinares, peujares y lagares... hombre muy bien nacido, y que yo...

ESCENA VIII.

DOÑA MATILDE *y* DICHOS.

D. Pedro. Ven, hija mia, y nos dirás si...

D.ª Matilde. Ah! Padre mio, y qué criminal debo de aparecer á los ojos de usted; ya sé que debia consultarle antes de comprometerme, ya sé que debia despues...

D. Pedro. Cierto, muy cierto, mas ahora...

D.ª Matilde. Haber seguido humilde los consejos de su esperiencia, de su cariño; pero ay! que no pude, porque arrastrada por una pasion irresistible...

D. Pedro. Si no es eso...

D.ª Matilde. Que como una erupcion volcánica...

D. Eduardo. Pero Matilde, si su papá de usted...

D.ª Matilde. Calle usted; no me distraiga... se apoderó de mi pobre corazon, que estaba indefenso... que no habia hasta entonces amado...

D. Pedro. Si me dejarás meter baza...

D.ª Matilde. Con todo, padre mio, no crea usted que trato de rebelarme contra su autoridad, y si el hombre de mi eleccion no mereciese, como me temo, el sufragio de usted...

D. Eduardo. Digole á usted que...

D.ª Matilde. Entonces... no seré nunca de otro... eso no... pero gemiré en silencio sin ser suya, ó iré á sepultarme en las lobregueces de un claustro.

D. Pedro. Tú quedarte soltera! Jesus qué desatino! Primero te casaria con un Bajá de tres colas, cuanto mas que el señor don Eduardo es muy buen partido por todos títulos...

D.ª Matilde. Qué dice usted?
D. Pedro. De familia muy noble...
D.ª Matilde. Eso para mí es tan indiferente como el que fuera inclusero.
D. Eduardo. (Para mí no.)
D. Pedro. Y que será muy rico cuando herede á su tio...
D.ª Matilde. (Será rico! Qué lástima!)
D. Pedro. De quien supongo que heredará tambien el título que aquel tiene de alguacil mayor de...
D.ª Matilde. (Alguacil mayor! Elegante título por vida mia!)
D. Eduardo. Sí señor, si es de mayorazgo!
D.ª Matilde. (Tambien mayorazgo!)
D. Pedro. Asi, hija mia, puedes tranquilizarte, porque eleccion mas juiciosa, mas á gusto mio, mas á gusto de todos...
D.ª Matilde. (Lo que engañan las apariencias!)
D. Pedro. Vamos, era imposible hacerla mejor... y ya verás lo que se alegra tu tia Sinforosa, y las primas Velascos, y tu padrino el señor dean, y...
D.ª Matilde. (Y todo el género humano; y solo porque es rico! Gente sórdida!)
D. Eduardo. Ah! Señor don Pedro, tanta bondad! Cómo podré yo pagar nunca...
D. Pedro. Haciéndola feliz, señor don Eduardo.
D. Eduardo. Lo será! Cómo quiere usted que no lo sea? Adorada por su marido, mimada por sus parientes, respetada por sus amigos, pudiendo disfrutar de todo, sobrándole todo...
D.ª Matilde. (Y eso se llama ser feliz!)
D. Eduardo. Pero qué tiene usted, Matilde mia? Por qué se ha quedado usted tan callada?
D. Pedro. La misma alegría que la habrá sobrecogido... No es eso, hija?
D.ª Matilde. Pues... en efecto... y tambien ciertas reflexiones... ya ve usted, la cosa es muy séria... se trata de un lazo indisoluble, de la dicha ó de la desgracia de toda la vida...
D. Pedro. Como ya obtuviste mi consentimiento, que era lo que te tenia con cuidado...
D. Eduardo. Y queriéndonos tanto como nos queremos...
D.ª Matilde. No digo que no... y yo agradezco á usted

infinito el que me quiera... ciertamente es una preferencia que me debe lisonjear mucho, y que... sin embargo, esto de casarse no es jugar á la gallina ciega, y no es estraño que yo me arredre y titubee, y...

D. Eduardo. Bien sabe Dios, Matilde, que no entiendo...

D. Pedro. Vaya, vaya, esos escrúpulos se quitan con señalar un dia de esta semana para que se tomen los dichos.

D.ª Matilde. Perdone usted, padre mio; yo no puedo en la agitacion en que estoy ni decidir ni consentir en nada... quédese la cosa asi... yo lo pensaré... yo me consultaré á mi misma... no digo por esto que este caballéro deba perder toda esperanza... no tal... aunque por otra parte... en fin, dentro de tres ó cuatro dias saldremos de una vez de este estado de incertidumbre... entre tanto permitanme ustedes que me retire... y... beso á usted la mano... (Muger de un alguacil mayor! No faltaba mas!)

ESCENA IX.

DON PEDRO *y* DON EDUARDO.

D. Eduardo. No sé lo que pasa por mi!

D. Pedro. A la verdad que yo no me esperaba tampoco... la niña, como le dije á usted, es muy dócil, eso es otra cosa, y muy bien criada, pero...

D. Eduardo. Pero señor, por la Virgen Santisima, si ella apenas hace un cuarto de hora...

D. Pedro. Se lo pareceria á usted quizá, señor don Eduardo, porque como ella es tan afable... quién sabe tambien si usted interpretaria...

D. Eduardo. Eso es lo mismo que decirme que soy un fátuo, presuntuoso, que...

D. Pedro. No señor; cómo habia yo de decirle á usted eso en sus barbas, sino que á veces los amantes... vea usted, ni mi sobrino Tiburcio ni el marques del Relámpago eran fátuos ni presuntuosos, y tambien se imaginaron que Matilde...

D. Eduardo. Ya, pero ellos no oirian, como yo oí de sus propios labios... vaya... lo mismo me he quedado que si me hubiera caido un rayo.

D. Pedro. Asi se quedó cabalmente el marques del Relámpago cuando...

D. Eduardo. Y le juro á usted que si no la quisiera tan sinceramente...

D. Pedro. Ademas, no está todo perdido... ella no ha dicho todavía que no, señor don Eduardo.

D. Eduardo. Pero tampoco ha dicho que sí, señor don Pedro.

D. Pedro. Es verdad, no lo ha dicho; mas quizá lo diga... tenga usted paciencia... tres ó cuatro dias se pasan en un abrir y cerrar de ojos... y... con que, señor don Eduardo, á la disposicion de usted... bueno será que yo vaya á ver lo que hace la chica, y no dude usted que si puedo influir...

D. Eduardo. Quede usted con Dios, señor don Pedro, y mil gracias de todos modos.

D. Pedro. No hay de qué, amigo mio, no hay de que... (*Vase.*)

D. Eduardo. Ya sé yo que no hay mucho de que... Caramba y qué chasco! Lo peor es que conozco que estoy enamorado de veras. Ah, Matilde!... y quién pudiera presumir... En fin, paciencia!... y esperaré á estar mas de sangre fria para determinar lo que me queda que hacer... Ah, Matilde, Matilde!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO *y* BRUNO.

Bruno. Aqui tiene usted una carta del señor don Eduardo.

D. Pedro. Bueno. Déjala aqui.

Bruno. Qué! No la lee usted?

D. Pedro. Para qué? Si ya sé, poco mas ó menos, lo que dirá... quejas... lamentaciones... como si uno pudiera remediar el que Matilde no le haya querido al cabo.

Bruno. Y vea usted, cualquiera hubiera dicho al principio que...

D. Pedro. Tambien me lo creí yo... y solo cuando ella me hizo escribirle ayer aquella carta que tú le llevastes, fue cuando acabé de desengañarme.

Bruno. Valiente trabucazo fue la tal carta.

D. Pedro. Qué habia de hacer?... Decirle la verdad... que mi hija no se queria ya casar con él, y que yo lo sentia mucho... porque en efecto me pesa de ello por mil y quinientas razones... ya ves tú... qué dirá su tio?... y luego... no se encuentra asi como se quiera un partido tan ventajoso.

Bruno. Pero señor, qué péro le puede poner la señorita á don Eduardo? El es lindo mozo... muy afable...

D. Pedro. Y muy callado.

Bruno. Y siempre que entraba ó salia me apretaba la mano.

D. Pedro. Y nunca me hablaba de dote.

Bruno. Como que es un caballero.

D. Pedro. Oh! todo un caballero.

Bruno. Si las muchachas hoy dia no saben lo que quieren!

D. Pedro. Ni quieren tampoco.

Bruno. No, lo que es querer... con perdon de usted... lo mismo que las de antaño... si no que se las figura allá yo no sé qué cosas del otro jueves... y con nada se satisfacen.

D. Pedro. Quise indicar que no tienen al parecer tanta gana de casarse como tenian las de nuestros tiempos.

Bruno. Yo diré á usted, las nuestras pasaban sus dias y sus noches haciendo calceta... lo que no pide atencion... y podian pensar entre tanto en el novio y en la casa... y... pero las de ahora, como todas leen la gaceta y saben donde está Pekin, qué sucede? que se les va el tiempo en avariguar lo que no les importa... y ni cuidan de casarse, ni saben cómo se espuma el puchero.

D. Pedro. Tienes mucha razon, Bruno, mucha... aquellas eran otras mugeres.

Bruno. Y estas no son aquellas, señor don Pedro.

D. Pedro. Tambien es verdad... en fin... cómo ha de ser! La cosa ya no tiene remedio... asi...

Bruno. Asi, yo me vuelvo á mi antesala... á darle sus garbanzos á la cotorrita... que si me gusta por algo, es porque de todas las del barrio es la única que no picotea el gabacho.

ESCENA II.

DON PEDRO. (*Se sienta junto á la mesa, tomando la carta.*)

Pobre don Eduardo! Quizá pida respuesta? Qué disparate! Lo que pedirá será lo que yo no le puedo otorgar... que hable á Matilde... que me empeñe... que la obligue... cosas imposibles... dónde habré puesto las antiparras? cosas que no pueden hacerse sin ruidos... ya las encontré... veamos sin embargo. (*Lee.*) «Señor don Pedro de Lara, etc., etc. Nada de lo que usted me escribe me ha sorprendido, y yo ya estaba preparado para semejante fallo...» Mas vale asi, porque unas calabazas ex-abrupto son dificiles de digerir... «lo que sí me ha llenado de satisfaccion y de gratitud hácia usted son las finas espresiones con que se sirve manifestarme lo que siente este desenlace...» Como que le decia que hubiera dado un ojo de la cara por poder anunciarle un resultado favorable... no podia estar mas espresivo... «y siendo aquellas, en mi concepto, sinceras, me animan por lo mismo á solicitar de usted un favor...» Ya pareció el peine... «un favor

de que va á depender la felicidad de toda mi vida...» Si conoceré ya á mi gente! «la felicidad, quizá, de su propia hija de usted, y es que cuando me presente otra vez en su casa me reciba usted lo peor...» Qué ha puesto aqui este hombre?... «lo peor que le sea posible! ! !» Peor dice, y bien claro! «lo peor que le sea posible, esto es, que me trate desde hoy con el mayor despego, que murmure de mí en mi ausencia, que se burle sin rebozo de mi familia y circunstancias, que me calumnie, si fuese necesario, y finalmente...» Vaya, está visto, hay que atarlo... «y finalmente, si Matilde algun dia cediere á mis votos, y consintiere en recompensar con el don de su mano tanta constancia y cariño, que usted nos niegue entonces y despues su licencia, por mas que ella lo solicite, y por mas que usted mismo lo apetezca, hasta tanto que yo se la pida á usted en papel sellado.» Repito que se le fue la chabeta!... «Si usted accede, pues, á mi súplica y me promete, bajo su palabra de honor, hacer bien su papel, y no confiar el secreto á nadie, en este caso nada me quedará que desear, y estoy seguro que muy pronto se podrá firmar su obediente hijo el que ahora solo se dice de usted atento y seguro servidor: Eduardo de Contreras.» Si comprendo una jota de toda esta geringonza... «Posdata.» Todavía le quedaban mas disparates en el buche?... «Ya le esplicaré á usted mi proyecto cuando pueda hacerlo á solas y sin dar que sospechar: entre tanto me urge el saber si usted me concede lo que tanto anhelo, y para ello iré dentro de una hora á su casa, y le haré entrar recado por Bruno de que deseo hablarle; usted entonces hágame decir secamente por el mismo que no me quiere recibir, y yo entonces interpretaré esta repulsa á mi favor. Por Dios, señor don Pedro, que no logre yo el ver á usted...» Ah! Con que es un proyecto!... que luego me esplicará... y á fé que buena falta me hace... y yo entre tanto solo tengo que hacer... poco... muy poco es lo que tengo que hacer; no recibirle, encerrarme en mi cuarto para mayor seguridad... la cosa no es dificil... pero, y si tropiezo con él antes de que pueda ponerme al corriente... entonces... no le miraré á la cara... ahuecaré la voz... y le volveré pronto

las espaldas... tampoco esto es muy dificil... con todo, no sé yo si podré... y por otra parte me parece tan estravagante...

ESCENA III.

BRUNO *y* DON PEDRO.

Bruno. El señor don Eduardo desea con mucho ahinco hablar con usted.

D. Pedro. (Jesus! tan pronto...)

Bruno. Dice que es materia muy grave...

D. Pedro. (Qué compromiso!)

Bruno. Y que despachará en un santiamen.

D. Pedro. (Pero cómo puedo yo negarle un favor tan barato!)

Bruno. Yo le he asegurado que usted tendria mucho gusto en recibirle.

D. Pedro. Has hecho muy mal.

Bruno. Como usted le estima tanto!

D. Pedro. Quién te ha dicho eso?

Bruno. Usted mismo no hace un credo; por mas señas que...

D. Pedro. Qué señas ni qué berengenas... siempre has de meterte en camisa de once varas.

Bruno. Ya las quisiera yo de tres y media.

D. Pedro. (Pero yo qué arriesgo en darle gusto?)

Bruno. Con que, por fin, qué le digo?

D. Pedro. Dile que... que no le quiero recibir... anda.

Bruno. Bueno... le diré que habia usted salido por la puerta falsa, y que...

D. Pedro. No, no; que estoy en casa, y que no le quiero recibir.

Bruno. Ya estoy, que siente usted mucho no poderle recibir, porque...

D. Pedro. Habrá mentecato igual con sus malditos cumplidos?... No que no puedo, sino que no quiero recibirle, que no quiero: sin preámbulos ni sentimientos, ni... lo entiendes ahora?

Bruno. Pero eso no se le dice á nadie en sus bigotes.

D. Pedro. Pues tú se lo vas á decir en los suyos... y cuidado que no se lo digas!... que no quiero recibirle...

ni mas ni menos... (no dudará ahora de mi amistad.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

BRUNO, *y luego* DON EDUARDO.

Bruno. Qué mosca le habrá picado! Jamas le vi tan fosco... la carta traeria sin duda alguna pimienta, y... pero esto no quita que yo trate de dorar la píldora... no sea] tambien que se enfade y que yo vaya á pagar lo que no debo.

D. Eduardo. Lo que tarda este Bruno! (*A la puerta.*) Ya me falta la paciencia... aqui está solo... Dios mio, si no se lo habrá dicho todavía!

Bruno. Nadie puede responder de un primer pronto, y...

D. Eduardo. Bruno, le dijo ya usted á su amo... (*Entrando.*)

Bruno. Perdone usted, señor don Eduardo, sino he vuelto tan luego como... me entretuve aqui en...

D. Eduardo. No importa, no importa; y qué ha contestado su amo de usted?

Bruno. Ya ve usted... el amo puede salir por la puerta trasera sin que nosotros lo sintamos...

D. Eduardo. Habia salido!... Y bien, esperaré á que vuelva; cómo ha de ser!... (*Se sienta.*)

Bruno. No digo que haya salido, sino que...

D. Eduardo. No me quiere recibir? Acabe usted. (*Se levanta.*)

Bruno. A veces con la mejor voluntad del mundo, hay momentos tan ocupados en que no se puede...

D. Eduardo. En que no se quiere recibir querrá usted decir?

Bruno. En que no se puede...

D. Eduardo. En que no se quiere... á qué andar con rodeos?

Bruno. (Tambien es empeño el de los dos!)

D. Eduardo. Vaya... no es cierto que don Pedro no quiere recibirme?

Bruno. (Estoy por cantar de plano.)

D. Eduardo. Ea, no tenga usted empacho... no es cierto?...

Bruno. Cierto... ya que usted exige absolutamente ..

D. Eduardo. Oh! Qué fortuna!
Bruno. Fortuna!
D. Eduardo. La de no morirme aqui de repente al oir semejante desengaño.
Bruno. (Que lástima me da!)
D. Eduardo. Y don Pedro, por supuesto, se serviria de palabras agrias y mal sonantes?
Bruno. Oh, no señor: el amo es incapaz de...
D. Eduardo. Pero al menos se espresaria... asi... con cierta sequedad... eh?
Bruno. Oiga usted, no necesita uno humedecerse mucho la boca para decir «no quiero.»
D. Eduardo. Y bien, tanto mejor!
Bruno. Si es á gusto de usted...
D. Eduardo. Porque es bien claro que lo que mas importa á un desgraciado es llegar á serlo tanto, que ya no pueda serlo mas.
Bruno. Eso llama usted claro?
D. Eduardo. No ve usted que asi se pierde toda esperanza, y toma uno al cabo su partido?
Bruno. Cuando hay partido que tomar, no digo que no.
D. Eduardo. Ahora quisiera yo que usted, mi querido Bruno...
Bruno. (Su querido Bruno!...)
D. Eduardo. Me concediera una gracia que le voy á pedir, y que será probablemente la última que le pediré en mi vida.
Bruno. Si está en mi arbitrio...
D. Eduardo. Lo está, y consiste solo en que usted me proporcione una conferencia de dos minutos con su señorita.
Bruno. Pero cómo quiere usted que yo...
D. Eduardo. Aqui mismo, en presencia de usted... dos minutos tan solo.
Bruno. Asi podré oir!...
D. Eduardo. Cuanto hablemos... que yo no soy partidario de misterios ni de cosas irregulares... lo único que solicito es ver todavía otra vez á doña Matilde... y probarla con solo tres palabras que yo no era enteramente indigno del tesoro que codiciaba.
Bruno. Quién puede dudarlo?... y muy digno que era usted. Con todo, yo qué puedo hacer? decírselo cuan-

do mas á la señorita... pero si ella sale con lo que su padre... entonces...

D. Eduardo. Entonces tendremos los dos paciencia... y no la volveré á importunar mas.

Bruno. Siendo asi, voy, pues, y Dios haga que no la coja de mal talante. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON EDUARDO, *y luego* BRUNO.

D. Eduardo. Qué miedo tenia que don Pedro no quisiera prestarse á mi proyecto sin saber antes... y tambien que el buen Bruno... pero hasta aqui todo va viento en popa... ahora solo falta el que Matilde venga, y me dé ocasion para entablar la comedia... porque sino consigo hablarla, entonces no sé cómo podre...

Bruno. Pues... lo mismo que su padre. (*Entrando.*)

D. Eduardo. Malo!

Bruno. Me echó con cajas destempladas, y...

D. Eduardo. Tampoco quiere verme?

Bruno. Tampoco.

D. Eduardo. (Voto va... Qué haré? si tuviera papel y tintero... quizá cuatro renglones... bien torcidos, como si me temblara mucho el pulso... y cuatro espresiones bien campanudas... bien misteriosas...)

Bruno. Dijo que nada tenia que añadir ni quitar á lo que la carta rezaba...

D. Eduardo. Allí creo hay uno y otro. (*Se dirige á la mesa.*)

Bruno. Y que de consiguiente era inútil que ustedes se hablasen.

D. Eduardo. En efecto, aqui hay papel... (*Sentándose y escribiendo.*) y tambien pluma... escribamos. «Matilde...» sin adjetivo; cuando uno está muy agitado debe dejarse los adjetivos en el tintero.

Bruno. Qué escribirá?

D. Eduardo. «Matilde!!» Dos signos de admiracion... «no tema usted que la importune, no...» Este segundo nó vale un Perú. «Ya sé que las condenas de amor no admiten apelacion, y que no es culpa de

usted el que yo no haya sabido agradarla;» Punto y coma... «pero al menos que la vea yo á usted hoy, que la vea á usted siquiera otra vez, antes que nos separe para siempre el Océano...» No vaya á parecerla todavía poco el Océano!... «el Océano ó la eternidad...» Ahora sí que hay tierra de por medio... nada de firma... ni de sobre... Bruno, entre usted este papel á doña Matilde.

Bruno. Si.

D. Eduardo. Éntrele usted por la Vírgen.

Bruno. Cuando...

D. Eduardo. Mire usted que me va la vida.

Bruno. Santa Margarita. (*Entra precipitadamente.*)

ESCENA VI.

DON EDUARDO, *y luego* DOÑA MATILDE *y* BRUNO.

D. Eduardo. Si esto no la ablanda, digo que es de piedra berroqueña... Pobre de mí, y á lo que me veo obligado para obtener á Matilde!... á engañarla, á fingir un carácter tan opuesto al mio!... Oh! si yo no estuviera tan convencido como lo estoy de que Matilde me prefiere á pesar de pesares... y que me deberá su futuro bienestar... jamas apelaria... pero ella es!... Pongámonos en guardia. (*Se sienta como absorvido en una profunda meditacion.*)

Bruno. Allí le tiene usted hecho una estátua. (*A doña Matilde.*)

D.ª Matilde. No nos ha sentido... y en efecto, le encuentro muy desmejorado... retírate un poco... no, no tan lejos.

Bruno. Si se habrá dormido?

D.ª Matilde. He consentido, caballero... (no me oye).

D. Eduardo. Ay!

D.ª Matilde. Suspiró? (*A Bruno.*)

Bruno. Ya lo creo... y de mi alma. (*A doña Matilde.*)

D.ª Matilde. He consentido, señor don Eduardo... (*Acercándose.*)

D. Eduardo. Quien?... Ah! Perdone usted, Matilde, si absorvido en mis tristes meditaciones... perdone usted... la desgracia hace injusto al mísero á quien ago-

bia... y yo ya me habia rendido al desaliento, persuadido á que usted persistiria en su cruel negativa.

D.ª Matilde. Quizá hubiera sido mas prudente; porque... ya ve usted, antes de tomar un partido irrevocable he debido pesar todas las circunstancias, y... no soy ninguna niña de quince años.

Bruno. Como que tiene usted ya sus diez y siete.

D.ª Matilde. Diez y ocho son los que tengo, si vamos á eso.

Bruno. Diez y siete.

D.ª Matilde. Diez y ocho. Habrá pesado igual!

Bruno. Pero hija, si nació usted el dia de los innumerables mártires de Zaragoza, que cayó en viernes en el mes pasado, y entonces hizo usted los diez y siete.

D.ª Matilde. Bueno, diez y siete; y lo que va desde entonces acá, no lo cuentas? Si sabré yo que tengo diez y ocho años.

D. Eduardo. Indudablemente! Diez y ocho años tiene usted, y mas bien mas que menos, edad, por mi desgracia, en que ya se calcula y se tiene la esperiencia necesaria para conocer lo que se quiere y lo que conviene. Por eso, Matilde, no tema usted que la importune con mis súplicas, ni la entristezca con el relato de mis padecimientos... no por cierto... y de qué serviria? Usted ha hecho lo que ha debido... cerciorarse primero de que no me amaba, y quitarme luego de una vez toda esperanza... nada mas natural, ni mas de agradecer... otro mas afortunado que yo habrá quizá obtenido...

D.ª Matilde. Oh, no; por lo que es eso, puede estar usted bien satisfecho... ni siquiera me he vuelto á acordar de que hay hombres en este mundo, desde ayer que creí necesario el desengañar á usted.

D. Eduardo. Siempre es este un consuelo... aunque por otra parte, si usted podia ser dichosa con otro hombre, por qué no me habia yo de alegrar? Ah! Matilde, su felicidad de usted es la única idea que me ha preocupado siempre, y si algun dia, en medio de los paises remotos en que voy á arrastrar mi mísera existencia, me llegara por acaso la noticia...

D.ª Matilde. Qué! Se va usted tan lejos?

D. Eduardo. Oh! Sí, muy lejos.

D.ª Matilde. Arrima unas sillas, Bruno... Y dónde? Esto es, si usted no tiene interes en callarlo.

D. Eduardo. Apenas lo sé yo todavía... cualquiera pais me es indiferente con tal que sea bien agreste y selvático.

Bruno. (Si se irá á Sacedon?)

D. Eduardo. He titubeado algun tiempo entre Californias y la Nueva Holanda; pero al cabo puede ser que me decida por la isla de Francia.

D.ª Matilde. Alli nacieron Pablo y Virginia!

D. Eduardo. Y el negro Domingo tambien.

D.ª Matilde. En efecto; siéntese usted, siéntese usted.

D. Eduardo. Es que temeria...

D.ª Matilde. No, no: siéntese usted... y como iba diciendo, alli fue donde pasó toda su trágica historia, que tengo bien presente!

D. Eduardo. (Mas la tengo yo, que la leí anoche de cabo á rabo.)

D.ª Matilde. Y aquella madre, señor, aquella madre tan cruel que se empeñó en que su hija habia de ser rica?

Bruno. Mas cruel me parece á mí que hubiera sido si se hubiera empeñado en lo contrario.

D. Eduardo. Luego hallaré en dicha isla todo cuanto puedo apetecer en mi posicion actual; cascadas que se despeñan, rios que salen de madre, precipicios, huracanes...

Bruno. (No iré yo á la tal isla.)

D. Eduardo. Y bosques inmensos de plátanos, cocoteros y tamarindos, con cuyos frutos podré sustentarme, ó á cuya sombra podrán reposar tal cual vez mis fatigados miembros.

D.ª Matilde. Y qué! No tendrá usted miedo de los negros cimarrones?

Bruno. (Quiénes serán esos demonios?)

D. Eduardo. Y por qué quiere usted que les tenga yo miedo? Qué me pueden quitar por ventura? la vida, que es lo único que me queda?

Bruno. (Y es grano de anís?)

D. Eduardo. Ah! Matilde, si viera usted qué poco vale la vida cuando se vive sin deseos, ni porvenir!

D.ª Matilde. Pobre Eduardo!

D. Eduardo. Se enternece usted?

Bruno. Tambien á mí me empiezan á escocer los ojos, si vamos á eso.

D.ª Matilde. Ciertamente que no puedo menos de agradecer y admirar el que vaya así á esponerse por mi causa á tantos peligros un jóven de tales esperanzas, tan rico...

D. Eduardo. Yo rico?

D.ª Matilde. Contando con la herencia del tio...

D. Eduardo. No hay duda que he podido ser rico, pero...

D.ª Matilde. Pero qué?

D. Eduardo. Nada, nada.

D.ª Matilde. Espliquese usted.

D. Eduardo. Son cosas mias que ya no pueden interesar á usted.

D.ª Matilde. Oh! Sí, sí... hable usted... lo quiero... lo exijo...

D. Eduardo. Bueno; sepa usted que cuando el señor don Pedro creía que mi tio aprobaba nuestro proyectado enlace, este me instaba á que me casase con la hija única del conde de la Langosta...

Bruno. (Familia muy noble en tierra de Campos.)

D.ª Matilde. Y bien?

D. Eduardo. Y que mi tio me ha desheredado en seguida porque no he querido darle gusto.

D.ª Matilde. Le ha desheredado á usted?

D. Eduardo. Así me lo anuncia en una carta que recibí ayer suya, dos ó tres horas antes que Bruno me entregara la de su padre de usted.

D.ª Matilde. Le ha desheredado á usted?

D. Eduardo. Pues, y por lo mismo nada sacrifico, en punto á bienes de fortuna, al desterrarme para siempre de mi patria.

D.ª Matilde. Y habia de consentir yo en ese destierro?

Bruno. (Judiada fuera.)

D.ª Matilde. Yo, que tengo la culpa de todas las desgracias de usted!

D. Eduardo. Pero qué remedio...

D. Matilde. No, jamas se realizará tan terrible separacion... si es cierto que usted me quiere...

D. Eduardo. Lo duda usted todavia?

D.ª Matilde. Desheredado por mí! Y yo he podido, Dios mio, desconocer un instante tanto mérito!

D. Eduardo. No llore usted, por mi vida, Matilde mia!
D.ª Matilde. Sí, hace usted bien en llamarme suya... que de usted soy y seré... que de usted he sido siempre; porque ahora lo conozco, y no tengo vergüenza en confesarlo.
Bruno. Pobrecita, qué ha de hacer mas que conocerlo y confesarlo.
D. Eduardo. Puedo creer tamaña dicha!
D.ª Matilde. Ojalá estuviera aqui mi padre, para que en su presencia...

ESCENA VII.

DON PEDRO *y* DICHOS.

D. Pedro. (Si se habrá ya ido.)
D.ª Matilde. Papá, papá, aqui está don Eduardo.
D. Pedro. Hola! Con que... (*Risueño.*)
D. Eduardo. Hum. (*Tosiendo.*)
D. Pedro. (Canario! que se me olvidaba el encargo...)
D.ª Matilde. Y ya nos hemos esplicado cierto qui pro quo que habia... y... nos hemos mutuamente satisfecho... y...
D. Pedro. Oh! pues si se han satisfecho ustedes, entonces... (*Risueño.*)
D. Eduardo. Hum. (*Tose.*)
D. Pedro. (Maldita carraspera.)
D.ª Matilde. No es verdad, papá, que usted se alegra de ello, y que...
D. Eduardo. Achi. (*Estornuda fuerte.*)
Bruno. Dominus tecum.
D. Pedro. No, hija mia, no me alegro de semejante cosa, ni tampoco puedo aprobar... porque... despues de todo, y... en fin, yo me entiendo, yo me entiendo.
D.ª Matilde. Yo soy la que no entiendo á usted, papá mio, porque...
D. Eduardo. Su papá de usted, Matilde mia, se habrá irritado al verme aqui en conversacion con usted, cuando me habia hecho decir que no queria recibirme.
D. Pedro. Precisamente.
D. Eduardo. Y creerá que en esto le hemos faltado al respeto.

D. Pedro. Cabal.
D. Eduardo. Y que nuestra conferencia clandestina es contra las leyes del decoro.
D. Pedro. Si señor, clandestina, y contra las leyes del decoro.
D. Eduardo. Y al notar yo el furor de sus miradas y el calor con que se espresa, le protesto á usted empiezo á temer, ademas que ya no quiera atender á otras razones, que nos quiera separar, y aun para separarnos mas pronto que la coja ahora mismo del brazo y se la lleve á su gabinete.
D. Pedro. Eso es, eso es, ni mas ni menos, lo que voy á hacer... Vente conmigo. (*A Matilde.*)
D.ª Matilde. Pero papá?...
D. Pedro. Vente conmigo. (*Llevándola como por fuerza.*)
D. Eduardo. Pero señor don Pedro...
D. Pedro. Eh! (*Volviéndose para oir lo que va á decir.*)
D. Eduardo. Decia que yo tambien me retiraba para no ofender á usted mas con mi presencia.
D. Pedro. Bien hecho.—Vamos. (*A Matilde.*)
D.ª Matilde. A Dios, Eduardo.
D. Eduardo. A Dios, Matilde.
D. Pedro. Vamos, repito.
D.ª Matilde. Fiate en mi constancia. (*Al entrarse.*)
D. Eduardo. Ya me fio. (*Yéndose.*)
D.ª Matilde. A Dios. (*Desde adentro.*)
D. Eduardo. A Dios. (*Vase.*)
Bruno. Cómo se quieren! Como dos tortolillos... y el amo, á pesar de eso, y sin saber por qué, los separa y los... vaya no hiciera otro tanto Herodes el Ascalonita.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO *y* DOÑA MATILDE.

D.ª Matilde. Por Dios, papá, déjese usted ablandar.

D. Pedro. No, no; nunca consentiré en semejante bodorrio.

D.ª Matilde. Pues no lo aprobaba usted antes?

D. Pedro. No sabia entonces lo que sé ahora.

D.ª Matilde. Pero qué sabe usted?

D. Pedro. Mil cosas... sé en primer lugar que tu don Eduardo no tiene un ochavo.

D.ª Matilde. Y ese es acaso gran defecto?

D. Pedro. No te lo parece á tí ahora, que te sientas, por ejemplo, á la mesa, y si hay tortilla comes tortilla, sin informarte siquiera de á cómo va la docena de huevos; pero cuando seas ama de casa y veas volver á Toribio con la esportilla vacía porque tu marido no dejó una blanca con que llenarla, ya verás entonces si se te cae la baba por la gracia.

D.ª Matilde. (Qué preocupacion!...)

D. Pedro. En fin, te repito que no me acomoda el yerno que me quieres dar... ni yo sé tampoco lo que te prenda en él, porque fisonomia menos espresiva...

D.ª Matilde. Calle usted, señor, y tiene dos ojos como dos carbunclos!

D. Pedro. Lo dicho dicho, Matilde; no cuentes jamas con mi licencia... si te quieres casar con ese hombre y morirte despues de hambre... cásate enhorabuena, y buen provecho te haga, con tal que yo no te vuelva á ver en mi vida... Esto es lo único y lo último que te digo... A Dios... (Bueno será que me vaya antes que empiecen los pucheros.)

ESCENA II.

DOÑA MATILDE.

D.ª Matilde. Que me case y que no le vuelva á ver en su vida!... y él mismo me lo indica... Dios mio, qué entrañas tienen estos padres! Que me case!... Si sospechará alguna cosa de lo que Eduardo y yo tenemos tratado para cuando ya no haya otro recurso? Y queda ya alguno por ventura? Que me case!... Y bien! sí... me casaré... me casaré con el hombre de mi eleccion, con el único mortal que me es simpático, y que puede proporcionarme la mayor felicidad posible en este mundo... la de amar y ser amada; porque ó yo no sé en lo que se cifra el ser una muger dichosa, ó ha de consistir necesariamente en estar siempre al lado de lo que ella ama; en jurarle á cada instante un eterno cariño, en aspirar al aire que él aspire... y cuesta acaso algo de esto dinero? No, no... por fortuna todo esto se hace de balde, por mas que digan lo contrario... y todo esto lo haré con mi Eduardo... Con él pasaré mi vida en un contínuo éxtasis, y cuando una misma losa cubra al cabo de muchos años nuestras cenizas todavía inseparables, que vengan entonces á echarme en cara si lo que comí en vida fue potage de lentejas, ó si mi esposo tenia un miserable arriero por tatarabuelo.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE, BRUNO, *y despues* DON EDUARDO.

Bruno. Está usted sola? (*Entreabriendo la puerta.*)
D.ª Matilde. Sí; qué hay?
Bruno. Qué hay?... lo de siempre... que el señor don Eduardo está ya ahi con ganas de parleta, y que yo, como me han hecho ustedes, velis nolis, su corre vé y dile, me adelanto á reconocer el campo.
D.ª Matilde. Adónde le dejas?
Bruno. En el descanso de la escalera.
D.ª Matilde. Que suba... y tú oye.
Bruno. Suba usted, caballerito... y yo oigo.

D.ª Matilde. Es necesario que te pongas en el cancel de esa puerta (*A Bruno.*), y que nos avises de cualquier ruido que adviertas en el cuarto de papá, no sea que salga y nos sorprenda.

D. Eduardo. Qué tenemos, Matilde mia?

D.ª Matilde. Nada bueno, Eduardo; papá me acaba de asegurar que jamas nos dará su consentimiento.

D. Eduardo. Será posible!

D.ª Matilde. Y tanto como lo es... me ha dicho ademas mil horrores de usted...

D. Eduardo. De mí!

D.ª Matilde. En primer lugar, y segun costumbre, que era usted pobre.

D. Eduardo. Pero usted le habrá respondido, segun costumbre...

D.ª Matilde. Lo bastante para indicarle que esta es la mayor perfeccion que usted tiene á mis ojos.

D. Eduardo. Muchas gracias.

D.ª Matilde. En seguida se ha ensangrentado con la familia de usted... con su persona... vamos, lo aborrece á usted con sus cinco sentidos... ya ve usted si es injusticia!

D. Eduardo. Y ya ve usted si me lo parecerá á mí?

D.ª Matilde. Asi confieso que no me queda ya esperanza alguna.

D. Eduardo. Ni á mí tampoco... verdad es que nunca la tuve... de ahi que no me haya dormido, y que si usted quiere...

D.ª Matilde. Esplíquese usted.

D. Eduardo. Sepa usted que si bien es cierto que he gastado hasta el último real que poseia, tambien lo es que ya tengo todo listo para nuestro casamiento... dispensa, cura, testigos, cuarto en que vivir, un poco alto sin duda... como que está en un quinto piso... pero en buena calle... en la calle del Desengaño... en fin, nada falta... sino que usted se decida... y dentro de media hora...

D.ª Matilde. De media hora?

D. Eduardo. Nos sobra aun tiempo, porque ni usted necesita mas de diez minutos para prepararse, ni yo mas de veinte para dar mis últimas órdenes, volver á esta calle, aprovechar el primer momento en que no

pase gente, avisar á usted de ello con tres palmadas, recibirla cuando baje y conducirla en dos brincos á la iglesia, cuya puerta por fortuna tenemos en frente de esa reja.

D.ª Matilde. No decia yo eso, sino que tanta precipitacion... estas cosas, Eduardo, necesitan siempre pensarse algo.

D. Eduardo. Al reves, Matilde; estas cosas, si se piensan algo no se hacen nunca... porque... ya ve usted... á cada paso ocurren nuevas dificultades. Se trasluce entre tanto el proyecto... se suscitan persecuciones... hay encierros á pan y agua en calabozos subterráneos, hay vapuleo no pocas veces... y si desgraciadamente hubiera esto para nosotros, no sé yo luego cómo nos habiamos de casar.

D.ª Matilde. Oh! Eso es muy cierto... dígalo sino Ofelia... la del castillo negro.

D. Eduardo. Y Malvina, y Etelvina, y Coralina, y otras mil víctimas desventuradas de la injusticia paternal, á quienes han enterrado con palma por andarse en miramientos.

D.ª Matilde. No, lo que es Etelvina murió de parto, si es que no he olvidado su historia.

D. Eduardo. Llámelo usted hache... de parto ó emparedada... allá se va todo... ello es que Etelvina debió de hacer mala sangre con los disgustos que le dieron para que... con que vamos, Matilde mia, qué resuelve usted? Mire usted que cada instante que se pierde...

D.ª Matilde. No sé lo que haga... salirse una asi de su casa sin...

D. Eduardo. Pues sino, qué otro camino tenemos? á menos que usted, arredrada con los peligros que pueden amenazarnos, no se arrepienta de sus juramentos y...

D.ª Matilde. Yo arredrada! yo arrepentida! No creía yo que me calumniara usted de ese modo, Eduardo, despues de tantas pruebas como le tengo á usted dadas de mi amor...

D. Eduardo. No es que yo dude... ni cómo habia de dudar... cuando esta misma mañana... alli... delante de aquel cuadro de Atala moribunda, me prometió

usted casarse conmigo y seguirme, aunque fuera al fin del mundo? si no que... haciendo una hipótesis casi imposible, decia...

D.ª Matilde. Dichoso usted que tiene la cabeza para esas hipótesis... no me sucede á mí otro tanto... y si al cabo cedo á las instancias de usted...

D. Eduardo. Cede usted á mis instancias? Oh! qué ventura!

D.ª Matilde. Sí, hombre injusto; y para ceder mejor á ellas, cierro los ojos sobre todas las consecuencias... diga usted ahora que soy tímida, ó que soy...

D. Eduardo. Digo, Matilde, que es usted una hembra estraordinaria... una verdadera heroina de novela... y arrojándome á sus pies protesto...

Bruno. Que el amo bosteza. (*Sin dejar su puesto.*)

D. Eduardo. Caramba!... Si se fastidia de estar solo y sale... no, no... (*Levantándose.*) aprovechemós los momentos... ahora son las ocho de la noche... con que asi, Matilde, á las ocho y media me tiene usted al pie de aquella reja.

D.ª Matilde. Bueno; entonces ya me tendrá usted tambien pronta.

D. Eduardo. No olvide usted la seña, tres palmadas mias.

D.ª Matilde. Me parece mejor que intercale usted entre la segunda y la tercera un gran suspiro, para que no sea tan facil el que yo pueda equivocarme si acaso hubiera otra intriga amorosa en la calle.

D. Eduardo. Observacion muy prudente... suspiraré entre la segunda y la tercera.

D.ª Matilde. Pues lo demas déjelo á mi cargo, que Bruno y yo dispondremos el cómo burlar la vigilancia de mi padre.

D. Eduardo. No hay mas que hablar. A Dios, bien mio.

D.ª Matilde. A Dios...

D. Eduardo. Ah! se me pasaba el recomendar á usted que no traiga consigo alhaja alguna, ni dinero, ni cosa que lo valga, porque dirian que yo...

D.ª Matilde. Pierda usted cuidado... una muda ó dos, cuando mas, con las cartas que usted me ha escrito, el retrato de Atala, la sortija de alianza, y la rosa que usted me dió en el primer rigodon que bailamos jun-

tos, y que conservo en polvo, envuelta en un papel de seda; esto es todo lo que pienso llevar.

D. Eduardo. Ni necesita usted mas. A Dios, otra vez.

ESCENA IV.

DOÑA MATILDE *y* BRUNO.

D.ª Matilde. A Dios... Bruno?

Bruno. Señorita?

D.ª Matilde. Te enteraste de lo que hemos tratado?

Bruno. Ni jota... como tenia que atender á lo que pasaba por allá dentro...

D.ª Matilde. Pues has de saber... pero antes jura que no lo has de decir á nadie.

Bruno. Digo que no lo diré á nadie.

D.ª Matilde. Júralo.

Bruno. Cuando prometo yo una cosa!...

D.ª Matilde. Bueno... escucha ahora.

Bruno. Qué es ello? (*Con curiosidad.*)

D.ª Matilde. Me quieres, Bruno?

Bruno. Toma, y para eso tantos aspavientos?

D.ª Matilde. Es que si tú no me quieres... (y mira, Bruno, que me has de querer mucho) de lo contrario es inútil que te refiera nada, porque ni me ayudarias, ni... con que asi responde, me quieres mucho, Bruno?

Bruno. Que si la quiero á usted? Buena pregunta, cuando la he visto á usted nacer, como quien dice, y la he arrullado, y la he dado papilla, y la he...

D.ª Matilde. Tienes razon... y por lo mismo me decido ahora á confiarte que me caso esta noche con don Eduardo.

Bruno. Oiga! Su padre de usted consintió al cabo...

D.ª Matilde. No tal, antes al contrario se opone á ello.

Bruno. Y dice usted que se casa?

D.ª Matilde Dentro de media hora... ahi está el misterio.

Bruno. No puede ser eso entonces, niña.

D.ª Matilde. Te digo que sí... don Eduardo lo ha arreglado ya todo, y me vendrá á buscar dentro de media hora para llevarme á la iglesia.

Bruno. No será el hijo de mi madre el que le abrirá la puerta.

D.ª Matilde. No importa, porque precisamente tengo decidido el salir por la ventana.

Bruno. Por la ventana?

D.ª Matilde. Por esa reja, quise decir, cuya llave tienes tú, y que está tan baja, que con la ayuda de una silla cualquiera puede...

Bruno. Segun eso, usted cree que yo le voy á dar la llave?

D.ª Matilde. Por qué no?

Bruno. Y tambien quizá que yo mismo le pondré la silla para encaramarse?

D.ª Matilde. Quién habia de ser?

Bruno. Y quien la sostendrá de los brazos hasta que el señor don Eduardo la recoja en los suyos?

D.ª Matilde. Sí.

Bruno. Pues se engañó usted de medio á medio.

D.ª Matilde. Cómo!

Bruno. Y ahora mismo voy á noticiar al amo todo este fregado. (*Hace que se va.*)

D.ª Matilde. Detente!

Bruno. No faltaba mas... una niña bien nacida pensar en semejante gitanada!

D.ª Matilde. Bruno!

Bruno. Y proponérmela á mí, que he comido treinta y cinco años el pan de su padre!

D.ª Matilde. Pero escucha, por Dios...

Bruno. Ni por la Vírgen... todo lo sabrá el señor don Pedro.

D.ª Matilde. Recuerda que prometiste...

Bruno. Si prometí, fue en la suposicion de que sería cosa inocente...

D.ª Matilde. Qué hará luego mi padre?

Bruno. Qué? Encerrar á usted bajo llave sino desiste...

D.ª Matilde. Encerrarme... á mí!... Bruno, está visto... me quieres precipitar... pues bien... lo lograrás... ves este papel?...

Bruno. Y qué hay en ese cucurucho?

D.ª Matilde. Píldoras.

Bruno. De jalapa?

D.ª Matilde. De rejalgar.

Bruno. Jesus mil veces!

D.ª Matilde. Que don Eduardo me trajo esta mañana.

Bruno. Habrá bribon!

D.ª Matilde. A peticion mia... porque una muger desgraciada no puede estar sin un poco de veneno en su ridículo.

Bruno. Maldita la necesidad que veo yo de eso...

D.ª Matilde. A grandes males, grandes remedios... asi... ténlo por cierto... si das otro paso hácia la puerta con tan vil propósito, ni una píldora dejo de todo el cuarteron que no me trague.

Bruno. Condenadas boticas!

D.ª Matilde. Y me verás caer aqui redonda, lo mismo que si me hubieras dado un trabucazo.

Bruno. No haga usted tal... tenga usted compasion de su pobre padre y de mí...

D. Matilde. Ténla tú de la desventurada Matilde.

Bruno. Yo... sí... pero...

D.ª Matilde. En fin, qué determinas?

Bruno. Vaya... no diré nada, con tal que me dé usted esas píldoras para...

D.ª Matilde. Y me ayudarás tambien?

Bruno. Eso no, porque...

D.ª Matilde. Que me las trago.

Bruno. Si, si, ayudaré... haré todo lo que usted quiera... pero vengan esas píldoras, repito.

D.ª Matilde. Qué desatino... no ves que me desarmaria si te las diera... Lo que haré será guardarlas en donde las guardaba antes, para el caso en que intentes todavía venderme.

Bruno. Paciencia!

D.ª Matilde. Ahora paso á decirte lo que exijo de tí, y es que si papá viene á esta sala, en tanto que yo entro en mi cuarto á recoger algunas frioleras, trates de alejarle de aqui con cualquier pretesto.

Bruno. (Ojalá viniera.)

D.ª Matilde. Que cuides de que no haya luz...

Bruno. En soplando las que estan encendidas...

D.ª Matilde. Y que la reja esté abierta para cuando yo vuelva.

Bruno. Si sé dónde puse la llave, que me...

D.ª Matilde. Ya la encontrarás... no te se olvide nada...

lo entiendes? y yo me voy á lo que dije... cuidado que es menester que una muger tenga cabeza para atar tantos cabos.

ESCENA V.

BRUNO.

Mas cabeza se necesita para desatarlos... y á fé que la mia no acierta el cómo... ello sin las malditas píldoras... bastaba con que yo cantara de plano... pero si la chica... que se ha echado el alma atrás... lo sospecha y en un abrir y cerrar de ojos... zás... se engulle media docena de los tales confites... vea usted entonces qué desgracia!... qué sentimiento para todos!... y que es capaz de hacerlo lo mismo que lo dice... si señor, lo mismo, porque hay mugeres que por salirse con lo que se les pone entre ceja y ceja comerán... no digo yo rejalgar, sino... por otra parte, puedo yo callarle á mi pobre amo una cosa que tanto le interesa? que tanto interesa al honor de la familia... imposible... y mucho mas cuando quizá su merced encontraria algun medio término... alguna estratagema... calle, una palmada junto á nuestra reja! otra! si pudiera atisvar... San Bruno y qué suspiro! suspiro de alma en pena!... tercer palmada!... si será nuestro perillan... cabalito... él es... cé, cé, don Eduardo... soy yo... el mismo que viste y calza... eh? no, no está todavía aqui... tenga usted un poco de paciencia... en efecto van á dar las ocho y media... ya veo que es una pistola lo que usted me enseña... esta es otra que bien baila: que se levantará la tapa de los sesos si al dar la campanada de la media no está ya doña Matilde en la calle! qué diablura! Diga usted, don Eduardo... diga usted... si; se marchó renegando á la esquina opuesta... pues por Dios... que estamos frescos... veneno por aqui... pistoletazo por allá, y á todo esto el amo metido en su aposento...

ESCENA VI.

DON PEDRO *y* DICHO.

D. Pedro. (Necesito no descuidarme si he de llegar á

tiempo de ponerme junto á un confesonario sin que me vean...)

Bruno. Ah! Señor don Pedro de mi vida!... algun angel le ha traido á usted tan á punto!

D. Pedro. No me entretengas, Bruno, que estoy muy de prisa.

Bruno. Dos palabras tan solo.

D. Pedro. Ni media.

Bruno. Sepa usted...

D. Pedro. No quiero saber nada, déjame.

Bruno. Que la señorita...

D. Pedro. Ya me lo dirás cuando vuelva... suelta.

Bruno. Es que cuando usted vuelva ya no quedará mucho que decir, porque doña Matilde...

D. Pedro. Suelta, suelta, ó vive Dios...

Bruno. Ya suelto, pero luego no se queje usted...

D. Pedro. Luego me las pagará todas juntas el que haya contribuido á ofenderme.

Bruno. Oidos que tal oyen!

D. Pedro. Y para eso hice afilar el otro dia mi espadin de acero.

Bruno. Y por eso cabalmente quiero yo hablar ahora, y contar á usted...

D. Pedro. Calla.

Bruno. Pero si no me deja usted hablar, cómo quiere usted...

D. Pedro. Calla, y hasta despues que ajustaremos cuentas... (pobre Bruno, no le queda mal susto en el cuerpo.)

ESCENA VII.

BRUNO, *y despues* DOÑA MATILDE.

Bruno. No sabia yo lo de la afiladura del espadin! Con esto, y con que despues se le antoje el que yo tuve arte ó parte en el negocio... y me atraviese como un palomino... Dígole á usted que... vamos, por mas que lo miro y lo remiro... no hay escapatoria... tiene que acabar en tragedia... porque á la altura en que estamos... es claro que ó se matan ellos, ó los mata don Pedro, ó me mata este á mí... ó se mata él... ó nos morimos todos de pesadumbre... lo dicho... tiene

que haber muertes... tiene que haberlas necesariamente... á menos que un milagro...

D.ª Matilde. Salió mi padre?

Bruno. (A Dios con mi dinero... ya está aqui doña Matilde.)

D.ª Matilde. No me respondes si salió mi padre?

Bruno. Salió, y como un regilete... no sé yo lo que podia urgirle tanto... pero... qué hace usted?...

D.ª Matilde. Lo que tú has olvidado... apagar las velas...

Bruno. Qué es de rigor en tales aventuras el andar á tientas?

D.ª Matilde. Es prudencia por lo menos para evitar el que la vecina de enfrente fisgonee lo que va á pasar en este cuarto.

Bruno. Ay!

D.ª Matilde. Qué es eso?

Bruno. No es cosa, un chinchon que debo á la vecina de enfrente.

D.ª Matilde. Y todavía no has abierto la reja!

Bruno. Para qué? Si se ha de ir usted al cabo, no vale mas el que salga usted por la puerta?

D.ª Matilde. No lo creas... eso cualquiera lo haría... y es tambien menos dramático.

Bruno. Menos qué?

D.ª Matilde. Vaya, despáchate en abrir la reja... mira que creo que ya ha dado la media.

Bruno. Qué habia de dar, no señora... ni por pienso... Dios nos libre de que hubiera dado.

D.ª Matilde. No abres?

Bruno. Aqui tengo la llave; pero antes reflexione usted, hija mia, la pesadumbre que va usted á dar á su padre con este escándalo... y lo que...

D.ª Matilde. Oyes ahora la media?

Bruno. Virgen del Tremedal... (*Corriendo á la ventana.*) Allá va, allá va... (*Gritando á don Eduardo.*)

D.ª Matilde. Cómo! A quién gritas?

Bruno. Nada, nada.

D.ª Matilde. Ah traidor! ya te entiendo... pero antes que vengan á sorprendernos apelaré á mi último recurso. (*Hace como que saca las píldoras.*)

Bruno. Tenga usted el brazo (*Corriendo á doña Matilde.*); tire usted esas píldoras, que es á don Eduardo á

quien yo avisaba... (*Vuelve á la ventana.*) Allá va, allá va... Repito que es don Eduardo á quien yo... (*Vuelve á doña Matilde.*) ay qué sudor frio me ha entrado!

D.ª Matilde. Pues por qué no me decias que don Eduardo estaba ya esperándome?

Bruno. Porque... porque... bueno estoy yo ahora para decir el por qué de nada, y si me sangraran...

D.ª Matilde. En suma, quieres ó no quieres abrir la reja?

Bruno. En este instante... (Empecemos al menos por salvar dos vidas...) qué premiosa está!

D.ª Matilde. Pon luego una silla.

Bruno. Pongo una silla.

D.ª Matilde. Y está ya don Eduardo?

Bruno. Le estoy tocando con la mano la copa del sombrero.

D.ª Matilde. Entonces... dónde dejaré la carta para papá... y muy contenta que estoy con ella... oh! me ha salido muy tierna y muy respetuosa... mucho mas tierna que la de Clari en la ópera... aqui la pondré sobre la mesa... ahora vamos... no; me falta todavía que implorar al cielo, y rogar tambien por mi padre, por mi pobre padre. (*Se pone de rodillas.*)

Bruno. Si la tocará Dios en el corazon!

D.ª Matilde. Ahora quiero besar la poltrona (*Se levanta.*) en que duerme papá la siesta... la mesa... la jaula de la cotorra... á Dios, muebles queridos... á Dios, paredes que me guarecísteis durante mis primeros... mis mas dichosos años... y que quizá no volveré á ver mas... dame la mano, Bruno... á Dios, Bruno... que seas feliz... que me vengas á ver... ay, que me caigo...

Bruno. No tenga usted cuidado... y déjese usted ir... maldito alfiler!

D.ª Matilde. Que consueles á mi padre.

Bruno. A buena hora, mangas verdes... téngala usted, don Eduardo... asi... ya llegó al suelo... y corren como gamos... y ya llegan á la iglesia... y ya entran... y... Dios los haga buenos casados... quitémonos ahora de la reja... cerrémosla... y cuidemos antes de todo de esconder el espadin de acero.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MATILDE *y* DON EDUARDO.

D.ª Matilde. Lo que tarda en encenderse esta lumbre!
D. Eduardo. Si no soplas derecho.
D.ª Matilde. Será culpa del fuelle.
D. Eduardo. Mira cómo se va el aire por los lados.
D.ª Matilde. Ay! que no puedo mas.
D. Eduardo. Vaya, se conoce que este es el primer brasero que enciendes en tu vida... dame, dame el fuelle.
D.ª Matilde. Tómalo en hora buena... y despáchate, por Dios, que me siento muy débil.
D. Eduardo. Ya lo creo, no cenastes anoche.
D.ª Matilde. Qué descuido el tuyo!... no tener siquiera un bocado de pan en casa.
D. Eduardo. Como nunca tienes apetito en semejantes dias...
D.ª Matilde. Ya, pero... y tú?
D. Eduardo. Oh, lo que es por mí no te inquietes, y si no te enfadaras te confesaria...
D.ª Matilde. Qué?
D. Eduardo. Que por lo que podia tronar, me forré el estómago con un buen par de chuletas antes de ir á buscarte.
D.ª Matilde. Pues estuvo bueno el chiste!
D. Eduardo. Yo pienso que puedes arrimar la chocolatera al fuego.
D.ª Matilde. Y qué enorme armatoste!
D. Eduardo. Sabrás hacer chocolate?
D.ª Matilde. Creo que se echa primero el chocolate partidito á pedazos...
D. Eduardo. No me parece que es eso...
D.ª Matilde. Entonces echaré primero el agua...
D. Eduardo. Tampoco.
D.ª Matilde. Pues hay mas que echar las dos cosas á un tiempo.

D. Eduardo. Dices bien... y una onza entera y otra partida... asi no podemos errarla de mucho... pon mas agua.

D.ª Matilde. Si he puesto cerca de un cuartillo!

D. Eduardo. Y qué es un cuartillo para dos jícaras... llena la chocolatera, llénala...

D.ª Matilde. Hombre!

D. Eduardo. Llénala, y no empecemos con economías.

D.ª Matilde. Ya lo está.

D. Eduardo. Divinamente; y volviendo á lo de anoche, creerás, Matilde, que todavia me rio al recordar lo asustada que estabas durante la ceremonia?

D.ª Matilde. Pues mira, mayor fue si cabe mi congoja al subir esta eterna escalera á tientas, al tardar diez minutos en acertar con el agujero de la llave, al encontrarme despues sola y sin luz en este aposento desconocido y frio, sin atreverme á dar un paso por no tropezar con algun mueble, hasta que volviste con el candelero que te prestó la vecina...

D. Eduardo. Bendita vecina!... por ella nos escapamos anoche sin un chinchon cada uno cuando menos, y á fé que hubiera sido de mal agüero.

D.ª Matilde. Ya empieza á hervir el agua.

D. Eduardo. Y tambien deduzco del gesto que hiciste involuntariamente al entrar yo con la luz y recorrer tú con la vista el cuarto en que te hallabas, que te sorprendió en gran manera su pelage.

D.ª Matilde. Qué disparate!

D. Eduardo. Vaya, la verdad. No esperabas hallar otra cosa?

D.ª Matilde. Oh! lo que es eso...

D. Eduardo. No esperabas el que los muebles, aunque pocos y sin embutidos, fueran siquiera de caoba y nuevos? el que hubiera cortinas de muselina blanca, aunque sin guarniciones ni flecos?

D.ª Matilde. No, eso no... ya sé yo que la caoba y la muselina no se han hecho para casas pobres... pero hay muebles bastante bonitos de cerezo ó de nogal... hay cortinas muy baratas de percal ó de zaraza... y si juntas á eso unas paredes recien blanqueadas, unos pisos muy fregados, unas ventanas con sus correspondientes tiestos de flores, y otras bagatelas semejantes

que cuestan poco ó nada, resultará de todo cierta elegancia en la misma pobreza, que...

D. Eduardo. Dime, Matilde, has entrado en muchas casas pobres?

D.ª Matilde. En la de la vieja de la Alameda...

D. Eduardo. Ya me lo sospechaba yo...

D.ª Matilde. Y ademas he leido mil descripciones muy verídicas, y por ellas...

D. Eduardo. Que se va el chocolate!

D.ª Matilde. Qué dices?

D. Eduardo. Quítalo presto de la lumbre.

D.ª Matilde. Ay!

D. Eduardo. Te quemaste?

D.ª Matilde. Todo el dedo meñique.

D. Eduardo. Qué desgracia!

D.ª Matilde. No es eso lo peor, sino que como me dolía solté la chocolatera, y...

D. Eduardo. Y se habrá apagado el fuego?

D.ª Matilde. Completamente.

D. Eduardo. Cómo ha de ser! En encendiéndole otra vez...

D.ª Matilde. Otra vez!

D. Eduardo. Aqui tengo las dos onzas restantes...

D.ª Matilde. Pero eso de soplar otra hora y media!...

D. Eduardo. Qué remedio tiene? á menos que no prefieras el que cada cual se coma cruda la onza que le corresponde...

D.ª Matilde. Ello todo es chocolate.

D. Eduardo. Y en bebiendo luego un buen vaso de agua...

D.ª Matilde. Asi tendremos tambien mas lugar para hablar de nuestras cosas.

D. Eduardo. Para establecer desde luego nuestro método de vida.

D.ª Matilde. Y el empleo de las horas del dia.

D. Eduardo. Y de la noche... hasta que nos vayamos á acostar.

D.ª Matilde. Ea, pues, venga mi onza, y sentémonos.

D. Eduardo. Tómala, y sentémonos... en qué piensas?

D.ª Matilde. En nada... en que papá estará ahora desayunándose, y...

D. Eduardo. Tambien nosotros... mas frugalmente... pero...

D.ª Matilde. Oh! lo que es por eso... en estando á tu lado... y la ventaja de no tener criados que nos murmuren, ni sibaritas que nos importunen con sus visitas...

D. Eduardo. Qué habiamos de tener?

D.ª Matilde. Disfrutando en cambio de independencia y de tranquilidad.

D. Eduardo. Por supuesto.

D.ª Matilde. Y esto de vivir tranquilos, Eduardo, esto de que nadie venga á desencantarnos con su odiosa presencia en uno de aquellos momentos deliciosos...

D. Eduardo. Calla! Llamaron?

D.ª Matilde. Creo que sí.

D. Eduardo. Habla bajo.

D.ª Matilde. Pero qué...

D. Eduardo. Mas bajo.

D.ª Matilde. Quieres que abra?

D. Eduardo. No, no... pero vé de puntillas, y mira si por la rendija puedes atisvar quién es.

D.ª Matilde. Voy... es un viejecito barrigoncito, con calzones de pana y medias rayadas.

D. Eduardo. El es!

D.ª Matilde. Quién dices?

D. Eduardo. El diablo.

D.ª Matilde. Jesus mil veces!

D. Eduardo. O el casero, que es lo mismo... dónde me esconderé?

D.ª Matilde. Esconderte!

D. Eduardo. Alli... debajo de la cama... y tú abre luego, y dile que he salido muy temprano, y que no volveré hasta la noche.

D.ª Matilde. Eduardo...

D. Eduardo. Abre ya... antes que nos rompa la puerta. (*Al meterse debajo de la cama.*)

D.ª Matilde. Pero, Eduardo, no entiendo...

D. Eduardo. Abre, abre. (*Se mete enteramente.*)

D.ª Matilde. Dios mio! Qué querrá decir esto?

ESCENA III.

EL CASERO Y DICHOS.

Casero. Vaya, y qué dormida estaba usted!

D.ª Matilde. No señor, sino que...
Casero. Y el señor don Eduardo?
D.ª Matilde. Acaba de salir...
Casero. Calle! Y me habia prometido que me pagaria hoy por la mañana el mes adelantado!
D.ª Matilde. Es que...
Casero. Mal principio... muy malo, á fé mia! Y cuándo estará de vuelta?
D.ª Matilde. Me dijo que volveria al anochecer, y que luego...
Casero. Al anochecer!... Salir en un dia de tornaboda á las ocho de la mañana y no volver hasta el anochecer, dígole á usted que no me da buena espina.
D.ª Matilde. Puede que vuelva mas pronto, y...
Casero. Pues no crea que á mí me ha de traer como á un zarandillo... y lo que son los trastos no valen treinta reales.
D.ª Matilde. Caballero, mi marido es incapaz de...
Casero. De pagar á su casero, eh!
D.ª Matilde. No digo eso, sino que aunque somos pobres, somos personas de honor, y que...
Casero. Si, sí, personas de honor sin dinero... eso es lo que yo me temia... y esos son los peores inquilinos.
D.ª Matilde. (Qué insolencia!)
Casero. Pero repito que no se juega conmigo... dígaselo usted asi, y que si esta noche no me baja los tres duros, mañana pongo á ustedes en la calle con todos sus cachibaches.

ESCENA III.

DOÑA MATILDE *y* DON EDUARDO.

D.ª Matilde. Tratar de ese modo á una señora!
D. Eduardo. Matilde! Se fue ya? (*Asomando la cabeza.*)
D.ª Matilde. Ya se fue.
D. Eduardo. Pues entonces prosigue aquello que decias, (*Saliendo de debajo de la cama.*) de que era gran cosa el poder vivir tranquilos y sin que nadie...
D.ª Matilde. Si, buena es la tranquilidad que vamos disfrutando por cierto.
D. Eduardo. Toma, ya te desanimas!
D.ª Matilde. No, pero sí estraño cómo has tenido paciencia para oir tanta grosería.

D. Eduardo. En efecto, merecia el gran vinagre que le hubiera tirado los tres duros á la cabeza.

D.ª Matilde. Y por qué no lo has hecho?

D. Eduardo. En primer lugar, porque no tenia los tres duros.

D.ª Matilde. Podias haberle castigado de otro modo.

D. Eduardo. No, hija, que para castigar con dignidad á un acreedor que se insolenta hay siempre que empezar por pagarle.

D.ª Matilde. Siempre!

D. Eduardo. No ves que sino se puede creer que uno ha querido zafarse á un mismo tiempo del acreedor y de la deuda?

ESCENA IV.

LA VECINA *y* DICHOS.

Vecina. Buenos dias, vecinita... qué tal se ha dormido?... Oyeron ustedes los truenos á eso de las cuatro?... La encajera que vive en la guardilla dice que ha caido un rayo en Santa Bárbara... pero yo no lo creo... porque basta que la encajera diga una cosa para que yo no la crea...

D.ª Matilde. Nosotros no hemos oido...

Vecina. Ya lo supongo... qué habian ustedes de oir... si es una grandísima embustera... muy tonta y muy presumida... sin que yo sepa en qué se funda... porque al cabo, qué ha sido antes de casarse? doncella en casa de un consejero? Y bien, tambien yo he sido doncella, si vamos á eso... en casa de un covachuelo... y un consejero y un covachuelo allá se van... los dos tienen usía... con que diga usted, vecina, acabó usted con mi candelero?

D.ª Matilde. Si señora, aqui está y muchas gracias...

Vecina. Jesus, señora, no hay de qué... entre vecinas y amigas hoy por tí, mañana por mí... y nosotras que vamos á ser tan amigas! como que vivimos en el mismo piso... porque aqui en esta casa, como en todas, con el vecino de al lado es con quien se trata... y nadie quiere bajarse... ni subir escaleras... muy bien hecho... cada oveja con su pareja... la marquesa con el canónigo en el piso principal... en el segundo el abogado con el comerciante... en el tercero el agen-

te de negocios con la viuda del coronel... asi en los demas pisos... por eso tambien nadie trata con la encajera... verdad es que no hay mas guardilla que la suya... y luego ya le dije á usted que es muy necia y muy vana... Pero vóime corriendo, que dejé la sarten á la lumbre, no sea que se me queme la salchicha... porque ha de saber usted que mi marido almuerza todos los dias salchicha. (*A don Eduardo.*)

D. Eduardo. Hola!

Vecina. Como usted lo oye... y á fé que lo acierta... para eso es casi un empleado... con siete reales, y lo que cae... guarda de á caballo, para servir á usted y á Dios... Ea, quédense ustedes con él.

D. Eduardo. Con su marido de usted?

Vecina. No señor, con Dios... decia que se quedasen ustedes con Dios... vaya, que segun veo me parece usted pieza... Ah, vecina, se me olvidaba, necesita usted de una lavandera?

D.ª Matilde. Precisamente iba yo...

D. Eduardo. Di que no. (*Bajo á doña Matilde.*)

D.ª Matilde. No señora, ya tenemos una...

Vecina. Lo siento, porque mi hermana lava muy bien... como que lava á todas las colegialas de Loreto... y sino fuera por cierta desgracia que tuvo... ya se la contaré á usted otro dia... porque ahora estoy de prisa... agur... pues no me huele á salchicha quemada?

ESCENA V.

DOÑA MATILDE *y* DON EDUARDO.

D. Eduardo. Qué taravilla!

D.ª Matilde. Y qué muger tan ordinaria!

D. Eduardo. Asi hablas de tu amiga! (*Sonriéndose*).

D.ª Matilde. Pobre de mí si no tuviera otras amigas!

D. Eduardo. Cuáles? (*Sonriéndose.*)

D.ª Matilde. Toma, las mismas que tenia antes de ayer.

D. Eduardo. Viven todas ellas en quinto piso? (*Sonriéndose.*)

D.ª Matilde. Qué sabe esa muger lo que dice? Amigas tengo yo, con quienes me he criado en las Salesas, que si me vieran pidiendo limosna...

D. Eduardo. Te la darian quizá. (*Sonriéndose.*)

D.ª Matilde. Se gloriarian entonces de llamarse tales, mas que si me vieran habitando en palacios de cristal.

D. Eduardo. O, lo que es lo mismo, en casa de un vidriero. (*Sonriéndose.*)

D.ª Matilde. Ya, sino crees tampoco en aquellas amistades que se engendran en la edad preciosa...

D. Eduardo. En que no se sabe todavía lo que se quiere.

D.ª Matilde. Qué terrible estás, Eduardo!

D. Eduardo. Pero no conoces que te estoy embromando? De otro modo pudiera yo contradecirte en materias tan evidentes?

D.ª Matilde. Eso era lo que me confundia.... pero ahora que me acuerdo.... por qué me hiciste responder á la vecina que no necesitábamos de su lavandera?

D. Eduardo. Porque como no nos habia de lavar de balde...

D.ª Matilde. Alguien ha de lavar lo que emporquemos, sin embargo.

D. Eduardo. Preciso... pero lo harás tú.

D.ª Matilde. Yo!

D. Eduardo. Quién quieres que lo haga en tanto que no tengamos con que pagar á otra muger?

D.ª Matilde. Se me pondrán las manos perdidas!

D. Eduardo. Es mas que probable.

D.ª Matilde. Y se me llenarán de grietas!

D. Eduardo. Como que no hay cosa peor que el jabon y el agua caliente... mas puedes estar segura, Matilde mia, que con la misma ilusion con que tu Eduardo te besa ahora esta mano tan suave y blanca, con la misma te la besará cuando la tengas áspera como una lija y colorada como un tomate.

D.ª Matilde No lo dudo, Eduardo; pero... pero ello de todos modos es muy desagradable... y mi pobre papá que tenia tanta vanidad con mis manos! Qué buscas?

D. Eduardo. Di, Matilde, has visto por ahí algun cepillo?

D.ª Matilde. Para qué?

D. Eduardo. Quisiera cepillarme un poco antes de salir, porque el polvillo del carbon...

D.ª Matilde. Qué vas á salir?

D. Eduardo. Ya te dije que el apoderado de mi tio, que

es escribano del Consejo, me ha ofrecido emplearme en su despacho como copiante... cuando tenga que copiar se entiende... y voy á ver si me adelanta cien reales, á cuenta de mis futuros garavatos, para pagar el casero y para ir viviendo.

D.ª Matilde. Y qué me he de hacer yo entre tanto, sin libros, sin piano...

D. Eduardo. En efecto, no tienes hoy mucho que trabajar...

D.ª Matilde. En que trabajar!

D. Eduardo. Solo levantar la cama, barrer el cuarto, y... pero, lo que es desde mañana, ya me dirás si te queda tiempo para fastidiarte.

D.ª Matilde. Tambien trendré que barrer mañana?

D. Eduardo. Todos los dias, á tí que te gusta tanto la limpieza! y tendrás asimismo que guisar, fregar, jabonar, planchar, coser, remendar, y hacer, en fin, todo aquello que hace una muger casada sin criada.

D.ª Matilde. Ay, Eduardo, sabes que es dinero muy bien gastado el de los salarios?

D. Eduardo. Quién dice que el dinero no sirve alguna vez de algo? pero no muy á menudo... y si uno va á considerar, todos sus inconvenientes cree tú que... no son estas que dan las nueve? Cáspita y qué tarde!... Con esto y con que haya salido ya mi escribano, y nos quedemos tambien sin comer... á Dios, vida mia... abrázame.

D.ª Matilde. Anda con Dios.

D. Eduardo. Otro abrazo... otro... es tanto lo que te quiero! á Dios.

ESCENA VI.

DOÑA MATILDE.

Ay, no sé lo que tengo... pero... no, no me siento muy buena... Ay!... si se pudiera lavar con guantes de encerado! Qué se ha de poder! Luego cásese usted para estar todo el dia sola! Paciencia! Pícaros autores, dejarse precisamente en el tintero lo que las pobres habian tenido que trabajar entre sus cuatro paredes!... y ello ninguna tenia criada... como yo... y habian tenido todas que empezar cada mañana por levantar

sus camas... como yo voy á levantar la mia... porque si yo no la levanto... vamos allá... aquella Juana sí que despachaba en casa todas las cosas en un santiamen! como que estaba acostumbrada... y yo desgraciadamente no lo estoy... Lo que pesa el colchon! (*Lo pone en el suelo.*) Pues el jergon!... (*Idem.*) Ay, descansemos un poco! (*Se sienta sobre uno de ellos.*)

ESCENA VII.

LA MARQUESA *y* DICHA.

Marquesa. Vive en este cuarto una muger que lava encajes?... Pero qué ven mis ojos? Matilde!

D.ª Matilde. Clementina!

Marquesa. Tú aqui!

D.ª Matilde. Oh! qué gusto tengo en verte!

Marquesa. Y yo!... Pero qué haces en este desvan?

D.ª Matilde. Yo te diré... es que... y tú, estás todavía en las Salesas?

Marquesa. Qué, si me casé hace cinco meses, y vivo precisamente en el cuarto principal de esta misma casa.

D.ª Matilde. Cuánto me alegro... asi estaremos todo el dia juntas y... pues me habian dicho que era una marquesa la que...

Marquesa. Esa soy yo.

D.ª Matilde. Entonces no te has casado con aquel cadete de Algarbe...

Marquesa. Qué disparate; una cosa es hacer telégrafos por entre las ventanas, y otra cosa es casarse.

D.ª Matilde. Pero supongo que siempre te habrás casado enamorada de tu marido?

Marquesa. No lo creas... ni le vi hasta que todo estaba tratado y firmado.

D.ª Matilde. Y eres dichosa?

Marquesa. Asi, asi... tengo coche... dos mil reales al mes de alfileres... y en cuanto á mi marido... es como todos los maridos, ni feo, ni bonito, ni... tu suerte, Matilde, es la que no me parece muy envidiable.

D.ª Matilde. Al contrario... ayer me casé con el hombre que adoraba.

Marquesa. Calla! Serías tú acaso la novia que estuvo á pique de acostarse anoche á oscuras?

D.ª Matilde. Verdad es que...

Marquesa. Ja, ja... y que no tuvo que cenar... (*Riéndose.*) ja, ja!... Vaya, quién me hubiera dicho cuando las criadas me contaban al desnudarme tu fracaso, ja! ja!...

D.ª Matilde. Clementina!

Marquesa. Perdona, Matilde; pero es un lance tan gracioso... ja! ja!... tan inesperado!

D.ª Matilde. Inesperado no; y acuérdate que siempre te juré que no me casaria sino á gusto mio, y con quien no tuviera nada.

Marquesa. Si, es cierto... tambien yo lo juré, si mal no me acuerdo, y ya ves como lo he cumplido... pobre Matilde!

D.ª Matilde. Me compadeces!

Marquesa. Criada con tanto regalo, y obligada ahora á tener que ganar tu vida, cosiendo ó bordando, ó... porque algo tendrás que hacer para ayudar á tu marido... que por su parte tambien trabajará sin duda...

D.ª Matilde. Un escribano le ha dicho que le dará que copiar... cuando tenga.

Marquesa. Pues... á dos reales el pliego... y tres ó cuatro pliegos al dia en escribiendo corrido... buena ocupacion, por vida mia... pero dime, y tu padre? está furioso, eh?

D.ª Matilde. Ya ves, habiéndome casado sin su consentimiento...

Marquesa. Y tiene mucha razon... ningun padre puede aprobar el que su hija se case con un perdulario.

D.ª Matilde. Perdulario mi Eduardo! Y se ha dejado desheredar de diez mil ducados de renta á trueque de casarse conmigo!

Marquesa. Entonces tu Eduardo es un loco de atar, porque...

D.ª Matilde. Basta, Clementina... tu marquesado no te autoriza para que me insultes porque me ves ahora pobre... y mucho mas cuando nada pienso pedirte.

Marquesa. Harás muy mal... que si no se pide á las amigas cuando no se tiene que llevar á la boca, no sé yo cuándo se ha de pedir... y yo lo he sido tuya,

Matilde... no de las intimas... pero... pero siempre te he querido bien... ya lo sabes... y te lo voy á probar ahora mismo... alli tengo en casa cuatro docenas de camisas de batista sin hacer del agua, y te las enviaré...

D.ª Matilde. No, Clementina mil gracias; pero...

Marquesa. Si, te las enviaré... para que las bordes... y para que... lo que habia de ganar otra... tú bordabas muy bien...

M.ª Matilde. (Qué humillacion!)

ESCENA VIII.

LA VECINA *y* DICHAS.

Vecina. Vecinita, perdone usted que me entre asi de rondon... como la puerta estaba abierta... y como somos uña y carne, queria enseñar á usted cierta cosa... mas oiga! si tendré telarañas... su señoría la marquesa aqui! subir una marquesa ocho tramos de escalera!

Marquesa. Quién es esta buena muger? (*A D.ª Matilde.*)

D.ª Matilde. Es una vecina que...

Vecina. Soy la Nicolasa, señora... la muger del guarda de á caballo... que vive en ese otro cuarto... ya se ve... su señoría no se acordará de mi... porque nunca me ha visto... ó por mejor decir nunca me ha mirado á la cara cuando me ha encontrado al subir ó bajar del coche... aunque yo saludo siempre... pero doña Manuela la doncella me conoce muy bien... y le habrá hablado de mi á su señoría... toma si le habrá hablado muchas veces... como que por ella me tomó su señoría el otro dia aquella pieza de batista.

Marquesa. Ah! Ya caigo... usted es la que suele proporcionar ropa y géneros de lance.

Vecina. Cabalito... como mi marido es guarda...

Marquesa. Y tiene usted ahora algo de nuevo?

Vecina. Si señora... y de bueno... á eso venia, á enseñar á la vecinita un corte de vestido de punto de Flandes... como es recien casada... y como nada cuesta el ver... pero, con permiso de su señoría, cerraré la puerta... no sea que la encajera lo olfatee... y vaya con el chisme... porque la tal encajera es capaz de todo... y si yo fuera á contar...

Marquesa. No, no, mejor será que veamos ese corte.

Vecina. Aqui está... cosa superior! y por un pedazo de pan... ochocientos reales... ni un ochavo menos.

D.ª Matilde. Qué bonito!

Marquesa. Precioso!

D.ª Matilde. Y qué punto tan igual.

Marquesa. Y la cenefa?... tambien es de mucho gusto.

D.ª Matilde. Y de las mas anchas... sobresaldrá mucho sobre un viso caña... no te parece?

Marquesa. En efecto, y me irá muy bien como tengo bastante color... y luego como tú... en tus circunstancias, no puedes soñar en comprarlo...

Vecina. Oh! es caro bocado para un estudiante!

Marquesa. No te debe importar el que yo lo tome... y que al fin lo tomaré... qué he de hacer? son tentaciones que...

Vecina. Y para qué es el dinero, señora, sino para gastar... como dijo el otro... y Dios le dé á su señoría mucho... porque lo sabe emplear, y porque no regatea... como otras usías de medio pelo que conozco yo, y que...

Marquesa. Asi, Nicolasa, baje usted y le haré dar los cuarenta duros... á Dios, Matilde, ya nos veremos... ya te avisaré alguna vez cuando esté sola... y diré que te suban entre tanto las camisas.

D.ª Matilde. No, Clementina, no... te lo agradezco en lo que vale... pero no tengo tiempo ahora.

Marquesa. Como quieras... por ti lo hacia... mas si lo tienes á menos... Pobrecilla, me da mucha lástima! (*A la Vecina.*) Ella siempre fue un poco tiesa... pero ya amansará, ya amansará...

ESCENA IX.

DOÑA MATILDE, *y luego* BRUNO.

D.ª Matilde. Sueño por ventura! Es esta aquella Clementina tan sentimental, de cuya amistad estaba yo tan segura! Cómo me ha tratado con su aire de proteccion!... peor que el casero con su grosería! y compró el vestido solo por darme en ojos... porque vió que me gustaba, y que... ah! si yo hubiera tenido ochocientos reales! Si, cuando volveré yo á tener

ochocientos reales! Lo que tendré serán trabajos... y humillaciones... y enjabonaduras... ah! Eduardo! mucho te quiero! muchísimo! pero si hubiera sabido...

Bruno. Señorita!

D.ª Matilde. Bruno! (*Corre á abrazarle.*)

Bruno. Pobrecita mia! Metida en esta pocilga!

D.ª Matilde. Y papá? Cómo está papá? Pobre papá, cómo le he ofendido!

Bruno. Está bueno... no tenga usted cuidado... y él es quien me ha dicho donde vivian ustedes.

D.ª Matilde. Papá! Pues cómo sabia...

Bruno. Qué se yo... algun duende... lo cierto es que ahora me llamó, y me dijo que le siguiera hasta aqui... que subiera solo... y que le avisara si don Eduardo estaba fuera de casa, para que su merced entonces...

D.ª Matilde. De verás! será posible que me quiera ver?

Bruno. Si estaba desde anoche como si tuviera hormiguillo... y aunque no descosía sus labios, se le conocia á la legua que... pero voy á abrirle.

D.ª Matilde. Si, corre, despáchate... dónde vas? por allí está la escalera.

Bruno. No hay necesidad de que yo baje... que su merced se quedó de centinela en la puerta principal de los Basilios, y asi con una seña que yo le haga desde aquella ventana con el pañuelo...

D.ª Matilde. Con el pañuelo no, que quizá no lo advierta... toma esta sábana...

Bruno. Venga. (*Vanse los dos á la ventana.*)

ESCENA X.

DON EDUARDO *y* DICHOS.

D. Eduardo. Apretemos otro poco el tornillo. (*Al salir y aparte.*) Maldito sea el primer escribano que pisó los Consejos! Negarme á mí la miseria de cien reales! (*Sale ahora, tira el sombrero, y se pasea como muy agitado.*) Es una infamia.

D.ª Matilde. Válgame Dios, qué es esto!... qué te ha sucedido? (*Quitándose de la ventana.*)

D. Eduardo. Déjame en paz... bribon!... tunante! Estoy por volver, y por...

D.ª Matilde. Pero, Eduardo... tranquilízate por la Vírgen.
D. Eduardo. Te digo que me dejes.
D.ª Matilde. Mira que te va á dar algo.
D. Eduardo. No será indigestion á buen seguro; pero muger, qué has hecho en todo este tiempo? Cómo tienes todavía asi el cuarto? Vaya, que no es mala porquería!
D.ª Matilde. Yo... si... ay, Eduardo, cómo te puedes enfadar tanto conmigo! (*Llora.*)
D. Eduardo. No, Matilde mia, yo no me enfado contigo... cómo habia yo de enfadarme contigo? Vamos no llores... quién no tiene un momento de mal humor? sobre todo cuando vuelve uno á su casa sin una blanca y...
Bruno. Y por eso se dijo que casa donde no hay harina... (*Quitándose de la ventana.*)
D. Eduardo. Calle... aqui estaba Bruno?

ESCENA ÚLTIMA.

DON PEDRO *y* DICHOS.

D. Pedro. Hija de mis entrañas!
D.ª Matilde. Papá, papá de mi vida!... (*Se quiere arrodillar.*)
D. Pedro. Qué haces? Levántate.
D. Eduardo. (Qué pronto ha venido este demonio de hombre.)
D.ª Matilde. No señor, déjeme usted que le pida de rodillas que me perdone.
D. Pedro. Todo está ya perdonado y olvidado con tal que me jures que no nos volveremos á separar en la vida.
D.ª Matilde. Oh, nunca, nunca.
D. Pedro. Y qué, no me abraza usted, señor don Eduardo? Ea, déme usted uno bien apretado, y salgamos pronto de este camaranchon... que se me va la cabeza solo de acordarme...
D. Eduardo Pero, señor don Pedro, me parece que usted no ha comprendido bien á Matilde... ella se alegra, como buena hija, de que la vuelva á su gracia... pero por lo demas está muy satisfecha con su suerte ahí, donde usted la ve... y lejos de querer dejar su casa...

D. Pedro. No, no, vivirán ustedes conmigo.

D.ª Matilde. Si, sí, con usted, papá, con usted. (*A su padre en voz baja.*)

D. Eduardo. Y sino... con permiso de usted, señor don Pedro. Oye, Matilde, (*Se la lleva á un lado del teatro.*) no es cierto que lo que á tí te acomoda es vivir tranquila en un rincon como este, y comer conmigo un pedazo de *pan y cebolla*?

D.ª Matilde. Si la cebolla no me repitiera siempre que la como... luego, Eduardo, hazte cargo... podemos acaso desairar á papá cuando se muestra tan bondadoso?

D. Eduardo. Segun eso te resignarias y...

D.ª Matilde. Qué hemos de hacer?

D. Eduardo. El caso es que cada cual tiene su amor propio... y para mí... la verdad... no puede ser plato de gusto el entrar en tu familia como un pobreton.

D.ª Matilde. Qué importa eso?

D. Eduardo. A mí mucho... y se me caeria la cara de vergüenza.

D.ª Matilde. Pero hombre, no ves que tu tio te tiene, por fuerza, que perdonar tambien pronto?

D. Eduardo. Y crees tú que me volverá á nombrar su heredero?

D.ª Matilde. Como tres y dos son cinco.

D. Eduardo. Es que entonces tendriamos la dificultad del alguacilazgo y...

D.ª Matilde. Tanto mejor, es un título muy distinguido... casi tanto como maestrante.

D. Pedro. Vaya, hijos, qué sale de esta consulta?

D.ª Matilde. Que nos vamos con usted.

D. Pedro. Alabado sea Dios!

D. Eduardo. Y que mi Matilde, solo por vivir con su padre, y por disfrutar á su lado de las ruines comodidades de la vida, sacrifica magnánima todos los placeres de la indigencia, que por mas que digan aquellos que los han conocido sin buscarlos... ni merecerlos... tienen con todo mucho mérito á los ojos de... las jóvenes de diez y siete años que leen novelas.

FIN DE LA COMEDIA.

iestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
ordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso. —Hombre
.co.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de
ın Gil.

ıprovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
tud.—Ya murió Napoleon.

cobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
avia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar —Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—
de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.

nces de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—
fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado. —Lucrecia Borgia. —Lucio Junio Bruto.—
.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—
za.—Luis y Luisito.

ac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero. —Margarita de Borgoña. —María Remond.—
lo de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
a del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
las estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion. —Mercader flamenco. —Mi Dios
Mi empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
rios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Ala-
—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista. —Mujer gazmo-
Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—
ro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.

el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos. —No hay mal que por
ıo venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.

rar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor. —Oliva y el lau-
Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.

blo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
s de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai-
Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual
ranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte. —Pelo de la
ı, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro. —Perla
rcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo. —Pesquisas de Patri-
Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa. —Pobre preten-
.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—
esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Prémio del vencedor.—
ı libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe
na.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con-
—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—
pio de un reinado.—Programa de Manzanares.

é dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—
ser cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.

millete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.— República conyu-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re-
.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi-
—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.ª
—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes. —Retratos y ori-
s.

l.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
da dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
ra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona. —Soprano.—
.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate.—Sálve-
ue pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.

nto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—
le Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—
é groma.—Tóros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren-
sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte. —Tumba sal-
—Tutora.—Tomás el montañés.

eria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Ven-
de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus
—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence
ncias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la
Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio —Un dia de ca
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un pase
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un sec
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una ave
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiemp
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una p
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina,**
80 idem del **moderno español,** á 20 rs. cada uno.
40 idem del **estrangero,** á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle
y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra. - *Alcoy*, Viuda é hijos de Marti. - *Almería*, Alvarez. - *Avila*,
bacete, Ródenas. - *Almaden*, Cabanillas. - *Badajoz*, Viuda de Carrillo. - *Barcelona*,
navente, Fidalgo. - *Bilbao*, García. - *Burgos*, Arnaiz. - *Barbastro*, Viuda de Lafita.
menez. - *Cádiz*, Viuda de Moraleda. - *Córdoba*, Arroyo. - *Cuenca*, Mariana. - *Ciu*
laguilla. - *Cartagena*, Berruezo. - *Coruña*, Labagi. - *Ferrol*, Tajonera. - *Guadalaja*
Granada, Zamora. - *Habana*, Charlain y Fernandez. - *Huelva*, Osorno. - *Jaen*, Call
no. - *Leon*, Argüello. - *Lérida*, Recxach. - *Logroño*, Verdejo. - *Lugo*, Viuda de Puj
lleja y compañía. - *Málaga*, Medina. - *Murcia*, Riera. - *Mahon*, Vinen. - *Orense*,
Alvarez. - *Puerto de Santa María*, Valderrama. - *Palencia*, Camazon. - *Palma de*
bert. - *Pamplona*, Ochoa. - *Plasencia*, Pis. - *Puerto Rico*, Mestre. - *Reus*, Molner. -
ti. - *Salamanca*, Viuda é hijos de Blanco. - *Santiago*, A. Calleja y compañía. -
Tenerife, Povver. - *Segovia*, Alonso. - *San Sebastian*, Garralda. - *Sevilla*, Hidalgo
Soria, Perez Rioja. - *San Lucar*, Esper. - *Seron*, Fernandez. - *Santander*, Basañe
quedano. - *Toledo*, Hernandez. - *Talavera*, Sanchez Castro. - *Tarragona*, Nevot. -
varro. - *Valladolid*, Hijos de Rodriguez. - *Vitoria*, Echevarría. - *Villanueva y G*
Bertran. - *Vergara*, Oyarvide. - *Zaragoza*, Viuda de Heredia y Yagüe.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de
útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 22
—— de **D. José de Espronceda,** con su retrato y biografía: un
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon P
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de vei
total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.